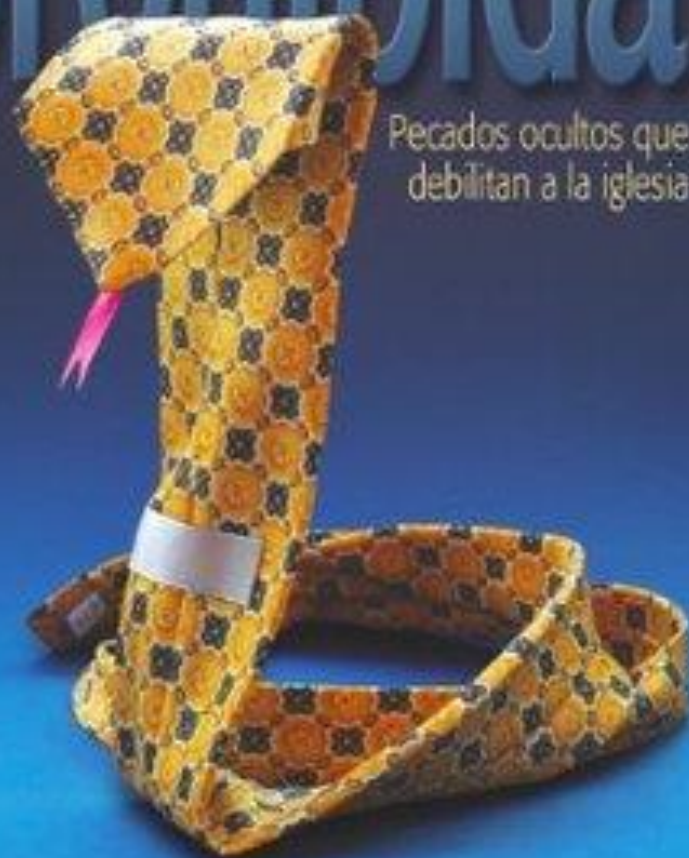


Pablo Partida Gómez

Atracción prohibida

Pecados ocultos que
debilitan a la iglesia



Introducción

La furia del dragón

Entonces el dragón se enfureció contra la mujer,
y se fue a hacer guerra contra el resto de sus
descendientes, los cuales obedecen los mandamientos
de Dios y se mantienen fieles al testimonio de Jesús
(Apocalipsis 12: 17).

HABÍA UN VEZ un gran y noble rey, cuya tierra estaba aterrada por un astuto dragón; este tenía la forma de una gran ave y sus potentes alas despertaban temor a quien se le pusiera enfrente. La terrible y escamosa bestia se deleitaba asolando las aldeas con su ardiente respiración. Las desdichadas víctimas corrían de sus hogares que se incendiaban, solo para caer presas de las garras o la mandíbula del dragón. Los que eran devorados instantáneamente fueron considerados más afortunados que los que eran llevados a su guarida para ser tragados cuando a él se le antojaban. El rey guió a sus hijos y a sus caballeros en muchas valientes batallas contra la criatura.

Mientras montaba un caballo en el bosque, uno de los hijos del rey escuchó su nombre con un suave

ronroneo. Entre las sombras de los árboles y helechos enroscados sobre una roca, yacía el dragón. Los penetrantes ojos de la criatura se fijaron en el príncipe y la boca del reptil se extendió en una amistosa sonrisa.

—No te alarmes —dijo el dragón, mientras una fumarola de humo se eleva lentamente de sus fosas nasales—. No soy lo que tu padre piensa.

—Entonces ¿quién eres? —preguntó el príncipe, mientras extraía cautelosamente su espada y sostenía las riendas de su temeroso caballo.

—Soy placer —dijo el dragón—. Monta sobre mi espalda y experimentarás más de lo que te imaginas. Lo que estás apunto de probar es algo inolvidable y agradable. Ven ahora. No tengo malas intenciones. Busco un amigo, alguien que comparta los vuelos conmigo. ¿Has soñado alguna vez con volar? ¿Nunca ansiaste moverte hasta las nubes? Te prometo que si vuelas conmigo, tu vida cambiará para siempre.

El anhelo de volar alto y contemplar los hermosos paisajes distraían su vacilante atención. El príncipe se deleitaba al estar en las alturas, además de encontrar un asiento seguro. De pronto la criatura abrió de golpe sus dos poderosas alas y levantaron el vuelo hacia el cielo. El príncipe disfrutaba las alturas. Sus temores y miedos que el príncipe tenía con relación al dragón se fueron disipando, mientras que éxtasis y euforia invadían la mente del príncipe.

A partir de ese momento, los encuentros con el dragón fueron cada vez más frecuentes. Pero decidió mantenerlo en secreto pues, ¿cómo les diría a su padre, hermanos o a los caballeros que había entablado una amistad con el enemigo?

El príncipe comenzó a distanciarse de todos sus amigos y seres queridos. Aun cuando no estaba con el dragón, pasaba menos tiempo con aquellos que amaba y más tiempo solo. Poco a poco su cuerpo se fue transformando. La piel de las piernas del príncipe se volvió callosa por estar agarrado de la rigurosa espalda del dragón, y sus manos se pusieron ásperas y duras. Comenzó a usar unos guantes especiales para esconder la extraña enfermedad que contrajo. Después de muchas noches de montar sobre el dragón, descubrió que le crecían escamas en la parte de arriba de sus manos. Algo misterioso sucedía, en la medida que pasaba más tiempo con el dragón más semejante se hacía a él. Con pavor se dio cuenta de cuál era su destino si vivía de esa manera, así que resolvió no volver más con el dragón.

Pero después de 20 días, buscó otra vez al dragón, pues su deseo obsesivo lo seducía y al mismo tiempo lo torturaba; este tipo de emociones lo excitaba y lo ponía muy tenso. Así pasó muchas veces. Por momentos tomaba la decisión de no seguir esta conducta auto destructiva, pero al final el príncipe retrocedía otra vez como si unas cuerdas invisibles lo jalaran. En silencio, con paciencia, el dragón siempre esperaba.

Una fría y oscura noche su excursión con el dragón, se convirtió en una invasión contra una aldea, donde la gente dormía apaciblemente después de una pesada jornada de trabajo. Mientras el dragón incendiaba los techos de paja con sus ardientes fosas nasales, rugía con regocijo cuando las aterradas víctimas huían de sus hogares en llamas. La enorme bestia descendió en picada, y arrojaba su respiración ardiente

otra vez; las llamas devoraban a un grupo de vociferantes aldeanos. El príncipe cerró sus ojos con fuerza en un intento por detener la matanza.

Antes del amanecer después de haber estado con el dragón, el príncipe emprendió su viaje de regreso por el camino que conducía al castillo de su padre, el cual usualmente permanecía vacío. Pero no aquella noche. Refugiados aterrados gritaban en dirección a las paredes protectoras del castillo. El príncipe intentó deslizarse entre la multitud para llegar a su habitación, pero algunos de los sobrevivientes comenzaron a mirarlo fijamente y a señalarlo.

«Él estuvo allí —gritó la mujer—, lo vi sobre la espalda del dragón». Otros asentían con sus cabezas con furia. Horrorizado el príncipe vio que su padre, el grandioso rey, reflejaba en su rostro la agonía de su pueblo. El hijo escapó y esperó esconderse en la noche, pero los guardias lo prendieron como si fuera un común ladrón. Lo trajeron al gran salón donde estaba el trono de su padre. La junta directiva de la aldea daba voces contra el príncipe.

—¡Destiérrenlo! —exclamó uno de sus hermanos.

«¡Quémenlo vivo!», gritaban otra voces.

Mientras el rey se levantaba de su trono, la sangre del herido comenzó a derramarse por sus ropas reales. La multitud hizo silencio en expectativa de su decreto. El príncipe, que no podía sostener la mirada de su padre, miraba fijamente las losas del piso.

—Quítate los guantes y la túnica —ordenó el rey.

El príncipe obedeció con lentitud, horrorizado de su metamorfosis ante la vista de todo el reino. ¿No era ya suficiente vergüenza? Habría deseado una

muerte rápida sin más humillación. Sonidos de repugnancia comenzaron a brotar de entre la multitud ante la vista de la delgada y escamosa piel del príncipe. El rey comenzó aproximarse a su hijo mientras el príncipe se armaba de valor, convencido por completo de la bofetada que recibiría. En lugar de eso, su padre lo abrazó y lloró fuertemente con él. El príncipe incrédulo ante el trato misericordioso de su padre, lo abrazó también.

—¿Quieres ser libre del dragón, hijo mío? —preguntó el padre.

El príncipe respondió con gran desesperación.

—Lo intenté muchas veces, pero no hay esperanza para mí.

—No si estás solo —dijo su padre—. Hijo, entiende que tú solo nunca podrás vencer al dragón

—Padre, ya no soy tu hijo. Soy mitad bestia —dijo el príncipe en un tono triste.

—Mi sangre corre por tus venas. Mi imagen está grabada dentro de todo tu ser —le dijo su padre.

Mientras el rey abrazaba a su hijo, se dirigió a la multitud y dijo:

—El dragón es astuto. Algunos caen víctimas de sus artimañas y otros de su violencia. Habrá misericordia para aquellos que quieran ser libres. ¿Quién más se montó sobre el dragón?

El príncipe levantó su cabeza y vio a alguien que salía de la multitud. Para su asombro reconoció a su hermano mayor, uno de los que fueron alabados por su intachable conducta y su apego a las normas. La gente lo admiraba por su celo a la causa del rey y sus buenas obras. Poco a poco se acercaron más personas,

había lágrimas en sus rostros. El rey los abrazó a todos.

—Esta es el arma más poderosa contra el dragón, —anunció el rey—. **La verdad.** No más vuelos a escondidas. Solos no podemos oponerle resistencia.¹

Un parábola contemporánea

Esta parábola es una clara ilustración de los grandes conflictos internos que se libran en la mente de cada cristiano. El enemigo acérrimo de Dios «ronda como león rugiente, buscando a quién devorar» (2 Pedro 5: 8). Su estrategia no consiste en confrontar directamente a la iglesia, sino en hacer pequeñas concesiones con pecados ocultos que de forma paulatina destruyen espiritualmente la fe del creyente y dañan severamente a la iglesia. Es importante que seamos conscientes de que estamos en medio de un gran conflicto de proporciones cósmicas (Cristo y Satanás). Las decisiones que tomemos determinarán nuestro destino eterno. Un pequeño descuido podría arruinar nuestra vida eterna concedida gratuitamente por la fe en Jesucristo, nuestro Señor y Salvador.

A veces estamos preocupados por la forma como el enemigo atacará a la iglesia remanente en los últimos días (el anticristo, el sellamiento, la ley dominical, las plagas del Apocalipsis, etcétera). No cabe duda que existe un genuino interés por conocer los eventos finales cercanos a la venida de Cristo. Sin embargo, no podemos pasar por alto que Satanás ha preparado una serie de estrategias bien diseñadas para enredar y atrapar a los profesos cristianos den-

tro de la misma iglesia, especialmente antes de que los eventos finales se desarrollen plenamente.

En cada pecado que el creyente acaricia, se establece una concesión con el dragón de forma encubierta, de manera que el creyente gradualmente va perdiendo su voluntad y se esclaviza. Mientras más oculto sea el pecado, más poder tendrá sobre nosotros. El gran dragón nos reclama como suyos. Vivimos un infierno en nuestras vidas. La iglesia se convierte en un escenario donde nos colocamos la mejor máscara. A estas alturas llegamos a un punto ciego, si no hacemos algo, pronto descenderemos a lo más profundo de la degradación humana. Esto fue precisamente lo que le ocurrió al rey David. Su experiencia nos demuestra que un hombre o mujer puede estar perdiendo la batalla interior aunque experimente «éxito» en su vida personal. Puede asumir la apariencia de un hombre celoso de que las normas y las reglas se cumplan con todo el rigor de la ley, y en lo profundo de sus pensamientos albergue lascivia, odio, resentimiento y pensamientos impuros. Lo más inquietante es que esta doble personalidad se presenta de forma tan común en muchos miembros de iglesia que ya lo vemos muy normal y necesario.

En la vida de David podemos percatarnos cómo la grandeza descendió a las tinieblas espirituales. La pregunta sigue vigente, ¿por qué el hombre «conforme al corazón de Dios» tuvo que caer de forma tan estrepitosa? No tengo una sola respuesta. De lo único que puedo estar seguro es que su ejemplo es una advertencia muy seria a los cristianos de todas las

épocas a no jugar y coquetear con el pecado. Cristo Jesús murió por nuestros pecados y al mismo tiempo demostró cuán serio y mortal es este extraño intruso. Encontrar una explicación al pecado sería justificarlo. Pero en medio de toda esta tragedia surge el amanecer de una mejor esperanza: «La ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro» (Romanos 5: 20-21, RVR60).

Es la verdad, la única que nos hará libres de toda atadura satánica en nuestras vidas personales. Jesucristo es la gracia y la verdad encarnada. Cuando la verdad entra en nuestros corazones rotos y destrozados, cuando su gracia se adentra en los rincones más tenebrosos de nuestro ser, la restauración y la redención injertan una nueva naturaleza en nuestras mentes. Somos transformados a su imagen.

A final de sus días el rey David lo comprobó, y también tú lo puedes hacer realidad en tu experiencia cristiana. Nunca es tarde para encontrar la redención de nuestras vidas, mientras estemos con vida. Espero que al leer este libro, Dios coloque en ti el deseo de buscarlo y depender más de la verdad y la gracia.

Referencia

¹ Historia adaptada del relato ofrecido por pastor Ted Roberts en su libro *Deseo de ser puro*.



Capítulo 1

El éxito también acarrea peligros

La prosperidad, la madurez y la experiencia no son una base segura para evitar una caída.

FINALMENTE había llegado a la cúspide de su vida como gobernante. Ahora era uno de los monarcas más poderosos de Palestina, sometía a sus vecinos bajo su yugo y ofrecía a sus súbditos un nivel de vida como nunca antes disfrutaron. Sencillamente, alcanzó todos sus objetivos de la mano de Dios. Tenía mucho dinero, se regocijó con sus hijos y gozó del aprecio del pueblo. El rey David era un verdadero ejemplo de un hombre exitoso (2 Samuel 2: 1-7). Sus enemigos fueron erradicados (2 Samuel 5: 7-8), en especial los filisteos (2 Samuel 18: 1); además había derrotado a los caobitas (2 Samuel 8: 2) y a los asirios (2 Samuel 8: 3-5), y «en todas las campañas, el Señor le daba la victoria» (2 Samuel 8: 13).

Los tiempos difíciles pasaron, su reino y su prestigio se extendían por todas las regiones conocidas de

su época (2 Samuel 8: 13-14). Era un hombre de Dios. Por experiencia conocía lo que significaba la fe, la oración, el sufrimiento y la victoria (1 Samuel 19, 21, 24).

Sin embargo es en el pináculo de los triunfos cuando más riesgo corremos: «Es peligroso alabar o ensalzar a los hombres; pues si uno llega a perder de vista su total dependencia de Dios, y a confiar en su propia fortaleza, caerá seguramente».¹

Descansar en tiempos de guerra

«En la primavera, que era la época en que los reyes salían de campaña, Joab sacó el grueso del ejército y devastó el país de los amonitas. Llegó hasta Rabá, la atacó y la destruyó; pero David se quedó en Jerusalén» (1 Crónicas 20: 1).

Cuando leo estos versículos de la Biblia varias preguntas vienen a mi mente: ¿Por qué Pedro no apagó la televisión temprano? ¿Por qué se tuvo que quedar hasta la media noche? ¿Por qué Roberto abrió esa página web que sus amigos le recomendaron? ¿Por qué Luis, un líder cristiano, miembro activo de iglesia, tuvo que leer esa revista pornográfica que encontró en el cesto de la basura? ¿Por qué María y Jorge salieron aquella noche con el objetivo de convivir, pero en vez de eso terminaron en un motel? ¿Por qué Armando dejó a su querida esposa y a sus tres hijos, incluso renunció a la iglesia, con tal de irse con una compañera de su trabajo? Quizás una pregunta más: ¿Qué hubiera pasado si el rey David hubiera decidido salir a la guerra en el tiempo en que los reyes salían al combate, en lugar de quedarse en Jerusalén?

Todas estas preguntas tienen algo en común, son preguntas cuyas respuestas nunca sabremos, pero las decisiones que tomaron estas personas afectaron su futuro para el resto de su vida. Lo único cierto es que la vida está llena de decisiones, las cuales determinan nuestro destino, y cada decisión tiene consecuencias eternas. Nuestra vida puede cambiar radicalmente en un instante, solo es cuestión de tomar decisiones. El punto es que los seres humanos tenemos la libertad para elegir nuestro éxito o nuestro fracaso. ¿Pero qué tipo de disposiciones tomarás para darle un rumbo a tu vida? ¿Serán sabias o imprudentes? Un buen ejemplo de lo mencionado lo encontramos en la vida del gran rey David.

David decidió quedarse en su casa en tiempos de guerra. Quería descansar, ¡pero uno nunca puede descansar en tiempos de guerra! Los conflictos bélicos exigen la mayor concentración en los contendientes. La menor distracción puede colocar en peligro el resultado de la batalla. Lo interesante es que el rey de Israel era un experimentado guerrero que conocía el arte de la guerra, por eso resulta todavía más extraña su actitud de buscar un poco de tranquilidad en el momento menos oportuno.

Uno de los principales «problemas» del éxito es que facilita el desarrollo del exceso de confianza en la vida. Cuando las cosas empiezan a salir bien y la vida es miel sobre hojuelas, entonces ya no hay para qué esforzarse tanto, total, ¡siempre salimos triunfantes en todo cuanto intentamos! Poco a poco empezamos a pensar que aquello que al principio nos costó mucho esfuerzo ahora podemos alcanzarlo con menos dificultad.

El problema de David es el exceso de confianza. Un día decidió que no era necesario que él enfrentara a sus adversarios, ya que contaba con un buen ejército. Luego, decidió que tampoco requería organizar la logística del combate, pues contaba con Joab, un excelente general. Finalmente, decidió que ni siquiera se necesitaba su presencia en el campo de batalla, pues los soldados sabían su oficio. ¿Por qué llegó a pensar de esa manera? Debido a una vida militar exitosa. Por eso el éxito es engañoso. Tiende a confundir la mente y desalienta la dependencia hacia Dios. Por eso, la gente exitosa debe estar más alerta de caer en este tipo de situaciones. Lee atentamente la siguiente declaración:

Cuánto más éxito alcance un hombre o una mujer en la vida, más vulnerables serán a la tentación y a la caída, cuando esto llega a ocurrir, tienen demasiado que perder, tienen que proteger una imagen, pues es todo lo que tienen, pero ahora ese hombre o mujer tienen que pelear solos, y viven atormentados toda su vida porque libran una batalla interna, bajo el manto de una apariencia de piedad, porque llevan un pecado secreto en sus vidas que los carcome y los destruye, pasan tiempo en oración, pero el pecado se apodera de ellos y si no vencen su adicción o su pecado secreto, pronto, su destrucción espiritual aunque no será inmediata, será eventual y progresiva.²

Una caída duele más cuando uno no la espera; cuando la vida parece sonreírle y cuando todo parece

estar en su lugar. Pero de pronto sucede. Estas caídas son dolorosas porque cada día son más los líderes consagrados, jóvenes, señoritas, hombres y mujeres casados que en un momento de debilidad y descuido se involucran en relaciones sexuales fuera del matrimonio.

¿Pero cómo fue que un hombre de la estatura espiritual de David pudo caer en semejante situación? ¿Acaso no era el ungido del Señor, el vencedor de gigantes, el dulce cantor de Israel? ¿Por qué tuvo que pasarle esto a él? La Biblia responde de manera contundente: «De hecho, todo lo que se escribió en el pasado se escribió para enseñarnos, a fin de que, alentados por las Escrituras, perseveremos en mantener nuestra esperanza» (Romanos 15: 4). A esto, E. G. White agrega: «Dios quiso que la historia de la caída de David sirva como una advertencia de que aun aquellos a quienes él ha bendecido y favorecido grandemente no han de sentirse seguros ni tampoco descuidar el velar y orar».³

Preguntas para meditar

1. ¿Cómo está tu vida de oración?
2. Cuando sirves a Dios en algún ministerio ¿Qué te motiva hacerlo?
¿Buscas la gloria de Dios o la aprobación humana?
3. ¿Eres constante con el estudio de la Biblia? ¿Con qué propósito la estudias? ¿Lo haces para tener alguna información, preparar un sermón o para conocer a Dios?
4. Algunas personas creen que actividad es sinónimo de espiritualidad. ¿Dedicas un tiempo diario a la reflexión personal para evaluar los secretos de tu corazón?

Recuerda

«Yo, el Señor, que investigo el corazón y conozco a fondo los sentimientos; que doy a cada cual lo que se merece, de acuerdo con sus acciones» (Jeremías 17: 10).

Nuestro deber como cristianos es conocer los errores de los personajes bíblicos del pasado para aprender en el presente a preservar una vida llena de santidad. Al estudiar la vida del rey David y su gran fracaso moral, encontramos un principio bíblico de gran trascendencia y validez permanente: la experiencia, la madurez, la prosperidad y el éxito no son una garantía segura para evitar una caída. La naturaleza humana tiende a vivir confiadamente al amparo de los logros, victorias y progresos personales. Cuando hemos alcanzado un objetivo, es fácil respirar un aire de autosuficiencia propia mezclada con un poco de soberbia, pero la Palabra de Dios nos amonesta claramente contra esta tendencia destructiva que hay en nuestro corazón. «Nada hay tan engañoso y perverso como el corazón humano. ¿Quién es capaz de comprenderlo?» (Jeremías 17: 9, DHH, véase Salmos 146: 3)

El apóstol Pablo se refiere a la guerra cósmica que el cristiano enfrenta contra Satanás y sus huestes malignas, al mismo tiempo nos revela el secreto para vencer sus artimañas: «Por último, fortalézcanse con el gran poder del Señor. Pónganse toda la armadura de Dios para que puedan hacer frente a las artimañas del diablo. Porque nuestra lucha no es contra seres humanos, sino contra poderes, contra autoridades, contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales. Por lo tanto, pónganse toda la armadura de Dios, para que cuando llegue el día malo puedan resistir hasta el fin con firmeza» (Efesios 6: 10-13).

Cada creyente enfrenta un conflicto, pero no contra seres humanos, sino contra entes espirituales, ángeles caídos, seres más poderosos que nosotros. Los ataques ocurren desde distintos frentes. En realidad, nuestra mente es el campo de batalla. Hay una intensa lucha por apoderarse de ella. Millones de estímulos se presentan todos los días a los sentidos, tratan de capturar la atención del cerebro. Nuestra única salida es estar bien armados con la Palabra de Dios y la continua protección de Dios:

El poder y la malignidad de Satanás y de su hueste podrían alarmarnos con razón, si no fuera por el apoyo y salvación que podemos encontrar en el poder superior de nuestro Redentor. Proveemos cuidadosamente nuestras casas con cerrojos y candados para proteger nuestros bienes y nuestras vidas contra los malvados; pero rara vez pensamos en los ángeles malos que tratan continuamente de llegar hasta nosotros, y contra cuyos ataques no contamos en nuestras propias fuerzas con ningún medio eficaz de defensa. Si se los dejara, nos trastornarían la razón, nos desquiciarían y torturarían el cuerpo, destruirían nuestras propiedades y nuestras vidas. Solo se deleitan en el mal y en la destrucción.⁴

Peligros de la ociosidad

La soledad y la ociosidad representan una combinación muy peligrosa, especialmente cuando no hay convicciones fuertes y la seria determinación a no caer en pecado. La ociosidad favorece el desarrollo de la intemperancia en la vida,⁵ además «fomenta la

complacencia propia y da como resultado una vida vacía y estéril, un terreno propicio para el desarrollo de toda clase de mal». ⁶ De hecho, E. G. White dice que la ociosidad es pecado, ⁷ además, nos recuerda que «la Biblia no sanciona la ociosidad. Esta es la mayor maldición que aflige a nuestro mundo». ⁸ A lo anterior hay que agregar que, en personas exitosas, la ociosidad es una verdadera bomba de tiempo.

Mucha gente considera que los tiempos libres y los espacios de entretenimiento no son relevantes en la vida espiritual. Sin embargo, están muy equivocados. En realidad, a veces, es justo en los periodos de desocupación e inactividad donde se puede decidir la vida eterna de un creyente.

La historia del rey David nos muestra los alcances de la inactividad en la vida espiritual. La decisión de qué hacer en esos momentos es más importante de lo que imaginamos. Así que la pregunta más significativa es: ¿Qué decisión vas a tomar ante las situaciones que se te presenten cada día? ¿Eres consciente de que una decisión, por inocente que parezca, puede ser la diferencia entre la vida y la muerte? A continuación te presento algunos ejemplos de decisiones que puedes tomar diariamente y que afectan tu destino eterno:

- ¿Vas a ver esa película que no es edificante para tu vida espiritual?
- ¿Irás con tus amigos a ese lugar inapropiado?
- ¿Vas a navegar por Internet aunque sabes que existe algo en lo cual eres débil?
- ¿Dejarás de platicar con tu novia hasta altas horas de la noche?

- ¿Impartirás ese estudio bíblico a esa mujer hermosa y atractiva tú solo, sin la compañía de tu esposa o de otra persona?
- ¿Continuarás lanzando miradas indiscretas a personas del sexo opuesto?
- ¿Acariciaras pensamientos y fantasías impuras que se generan en tu mente al ver u oír programas nocivos para tu salud espiritual?
- ¿Vas a seguir hablando con esa atractiva dama después de salir de tu trabajo?

Tú me puedes decir: «¡Pastor, usted es muy mal pensado! Yo pertenezco a una familia adventista tradicional; además, soy líder activo dentro de mi iglesia y ocupo una importante responsabilidad dentro de la misma. Estoy convencido de la verdad y tengo muchos años como creyente».

Si pensamos de esta manera, solo basta recordar el ejemplo de David. Aun los cristianos sinceros y consagrados pueden caer en el pecado más degradante. Por eso hemos de velar diariamente y no vivir de los logros pasados, quien así lo hace revela que no ha hecho nada relevante en el presente.

Puede ser que esa mujer o ese hombre tengan un ministerio exitoso a la vista de los hombres pero al final, el pecado exigirá su pago y sus consecuencias serán irreversibles. Este fue el caso del rey David: «El éxito y los honores mundanos habían debilitado tanto su carácter [...] que repetidamente fue vencido por el tentador». ⁹

¿Qué decisiones tomas hoy para tu vida? Nunca olvides que el éxito también acarrea peligros. Esto puede ser una medida preventiva que te ayudará toda

la vida. ¡No te confíes! Recuerda: «Si alguien piensa que está firme, tenga cuidado de no caer» (1 Corintios 10: 12).

Referencias

¹ E. G. White, *Patriarcas y profetas*, México, Asociación Publicadora Interamericana-Gema Editores, 2011, p. 757.

² Richard Exley, *Peligros del poder*, Silver Spring, Ediciones Ministeriales, 1998, p. 16.

³ White, *Patriarcas y profetas*, op. cit., p. 764.

⁴ White, *La verdad acerca de los ángeles*, Buenos Aires, Asociación Casa Editora Sudamericana, 2001, p. 12-13.

⁵ White, *La educación*, Bogotá, Asociación Publicadora Interamericana-Gema Editores, 2009, p. 184.

⁶ *Ibíd.*, p. 195.

⁷ White, *Mente, carácter y personalidad*, t. 1, Bogotá, Asociación Publicadora Interamericana-Gema Editores, 2007, p. 125.

⁸ *Ibíd.*, p. 350.

⁹ White, *Patriarcas y profetas*, op. cit., p. 788.



Con el enemigo en casa

PEDRO es un cristiano fervoroso. Asiste regularmente cada fin de semana al templo. Para muchos, es un ejemplo de creyente piadoso. Sin embargo, cada noche, mientras se asegura de que su esposa está en su habitación, se dirige sigilosamente hasta su pequeño estudio, donde se localiza su computadora. Entonces, con cierta impaciencia, teclea con ansias algunos sitios de Internet que él ya conoce. Al instante, se despliegan en la pantalla diversas imágenes de damas desnudas y en actitudes eróticas. Los ojos de Pedro se abren pronunciadamente. Parece hipnotizado por las figuras. Su enajenación es tal, que ni siquiera se da cuenta de que su esposa está parada justo detrás de él.

—¡Pedro! ¡Qué haces viendo eso en la computadora! —dice la mujer.

—¡Nada! ¡Esto apareció repentinamente! —responde algo exaltado.

—¡Mientes! ¿Acaso crees que no me doy cuenta de que cada noche te pasas horas viendo eso? ¡Apenas lo puedo creer!

A partir de ese día la relación matrimonial de Pedro comienza a deteriorarse drásticamente. Él no sabe qué hacer. Su adicción a la pornografía parece incontrolable. Se siente derrotado por algo que ni siquiera el evangelio parece tener la facultad de derrotar. Él quiere cambiar, pero se da cuenta que está perdiendo la batalla.

En 1885 Robert L. Stevenson escribió *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*. La novela trata de un médico que tenía una doble personalidad: en las mañanas era un galeno honesto y de gran cordura, pero en las noches se transformaba en un hombre cruel, lleno de odio y homicida. ¡Un hombre de doble personalidad!

¡Qué difícil es tratar de ser lo que uno no es! Tarde o temprano se vuelve a la aplastante realidad. Ya el profeta Jeremías lo había dicho de la siguiente manera: «¿Puede el etíope cambiar de piel, o el leopardo quitarse sus manchas? ¡Pues tampoco ustedes pueden hacer el bien, acostumbrados como están a hacer el mal!» (Jeremías 13: 23). Esta declaración es muy reveladora: los seres humanos tenemos una naturaleza pecaminosa. Nos resulta más fácil portarnos mal que portarnos bien. Más adelante, el propio Jeremías advierte en cuanto a un peligro inminente: «¡Maldito el hombre que confía en el hombre! ¡Maldito el que se apoya en su propia fuerza y aparta su corazón del Señor!» (Jeremías 17: 5). La explicación del profeta es contundente: «Nada hay tan engañoso como el corazón. No tiene remedio. ¿Quién puede comprenderlo?» (Jeremías 17: 9).

El corazón humano es sumamente impredecible. Por eso, E. G. White dice lo siguiente: «Lo primero

que deben de aprender todos los que quieran trabajar con Dios, es la lección de desconfianza en sí mismos, entonces estarán preparados para que se les imparta el carácter de Cristo».¹ Eso significa que si el corazón humano es tan engañoso, la dependencia de uno mismo resulta mortal en cuestiones espirituales. ¿Por qué? Porque irremediabilmente saldremos derrotados. Sin embargo, entender la vulnerabilidad humana y cómo funciona el mecanismo divino en la lucha espiritual no siempre resulta entendible para los creyentes. De ahí que haya tantas personas frustradas y molestas con su experiencia cristiana, debido a sus constantes derrotas y chascos en esta cuestión.

¿Pero por qué existe esta situación en el corazón humano? Desde la caída de Adán y Eva en el jardín del Edén (Génesis 3), se ha albergado dentro de cada ser humano una naturaleza pecaminosa desde su mismo nacimiento (Salmos 51: 5). Sin embargo, durante el Iluminismo, diversas corrientes filosóficas pretendieron contradecir la tesis bíblica al presentar al hombre como un ser bueno por naturaleza y asegurar que su corrupción proviene del ambiente donde se desenvuelve. Este es el caso, por ejemplo, de Jean-Jacques Rousseau, quien dice al principio de su obra más conocida, *Emilio*: «Todo está bien al salir de las manos del autor de la naturaleza; todo degenera en manos del hombre». Pero el apóstol Pablo, evoca las declaraciones del Salmo 14, describe por inspiración divina la terrible realidad del ser humano: «¿A qué conclusión llegamos? ¿Acaso los judíos somos mejores? ¡De ninguna manera! Ya hemos demostrado que tanto los judíos como los gentiles están bajo el pecado.

Así está escrito: "No hay un solo justo, ni siquiera uno; no hay nadie que entienda, nadie que busque a Dios. Todos se han descarriado, a una se han corrompido. No hay nadie que haga lo bueno; ¡no hay uno solo!"» (Romanos 3: 9-12).

El profeta Isaías describe el lado oscuro del corazón humano y revela la impotencia del mismo para cambiar su condición: «¿Para qué recibir más golpes? ¿Para qué insistir en la rebelión? Toda su cabeza está herida, todo su corazón está enfermo. Desde la planta del pie hasta la coronilla no les queda nada sano: todo en ello es heridas, moretones, y llagas abiertas, que no les han sido curadas ni vendadas, ni aliviadas con aceite» (Isaías 1: 5-6).

Vaya, parece que los seres humanos estamos metidos en un verdadero dilema que no parece tener una solución sencilla. De ahí que E. G. White haga la siguiente declaración: «Es imposible que nosotros, con nuestra propia fortaleza, sostengamos el conflicto; y todo lo que aleje a nuestra mente de Dios, todo lo que induzca al ensalzamiento o a la dependencia de sí, prepara seguramente nuestra caída, el tenor de la Biblia está destinado a inculcarnos desconfianza en el poder humano y a fomentar nuestra confianza en el poder divino». ² ¿Te das cuenta? El secreto no consiste en aprender a derrotar tentaciones externas. Nuestra gran tentación es alejarnos del Señor. Si eso sucede estamos perdidos. Por eso, las palabras de Jesús adquieren una relevancia especial: «Separados de mí no pueden ustedes hacer nada» (Juan 15: 5).

La depravación total

Algunos de los grandes pensadores de la Reforma protestante coincidieron en este punto, asimismo, lo reflejaron en su famosa Confesión de Westminster al describir la naturaleza del hombre caído: «A partir de esta corrupción original, por la cual estamos completamente indispuestos, inhabilitados y contrarios hacia el bien y completamente inclinados hacia el mal, es que proceden todas las transgresiones presentes». ³

Juan Calvino utilizó un término para describir la terrible situación de la raza humana: «Depravación total». Es decir, el hombre está en una situación desesperada; somos corruptos en todo nuestro ser, no hay ninguna parte que no haya sido alcanzada por el pecado: nuestros pensamientos, palabras, motivos y acciones están aderezados con el ingrediente del pecado. La depravación humana se refiere a la condición egoísta del ser humano que lo incapacita a vivir en condición estable y en paz con Dios. El apóstol Pablo reafirma esta idea en su epístola a los Romanos: «Yo sé que en mí, es decir, en mi naturaleza pecaminosa, nada bueno habita. Aunque deseo hacer lo bueno, no soy capaz de hacerlo» (Romanos 7: 18). Desde que el pecado irrumpió en la vida de los seres humanos, las consecuencias son desastrosas: «No solo ha sufrido nuestra relación vertical con Dios; también se ha dañado la relación horizontal con otras criaturas». ⁴

Errar el blanco

La Biblia tiene varias palabras que traducen la palabra **pecado**, tanto del idioma hebreo como griego.

En el Nuevo Testamento se utiliza la palabra griega *ἁμαρτάνω* (*jamartano*), cuyo significado literal es «errar al blanco» (Romanos 2: 12; 1 Timoteo 5: 20; Efesios 4: 26; Mateo 18: 15). Los antiguos griegos solían practicar el tiro con arco y, a menudo, los principiantes erraban al blanco; las cosas no salían como ellos habían planeado. En términos bíblicos, el blanco errado no es un bulto relleno de paja como en la antigüedad, más bien, se refiere al blanco o norma de la ley de Dios. El Decálogo expresa su propia justicia (Éxodo 20) y es el estándar supremo del comportamiento de todo creyente. Cuando no «acertamos el tiro» y erramos el blanco de este estándar, pecamos. Es decir, Dios como un Padre tierno tiene un plan para la vida de cada uno de sus hijos, pero muchas veces ese plan no se cristaliza. Lo anterior no es culpa suya, dado que también intervienen las libres decisiones del cristiano, las cuales no siempre son acertadas. Esto revela el profundo respeto que el cielo tiene hacia nuestra libertad: Dios respeta nuestras decisiones, por muy erradas que estén, y a pesar de que contravengan sus planes. Si no lo hiciera, nuestra libertad sería una utopía. No obstante, nuestra libertad conlleva que también podemos equivocarnos. De ahí la importancia en no caer en excesos de confianza.

Un letrero inesperado

Recuerdo la primera vez que visité el zoológico de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, en el sur de México. ¡Qué lugar más atractivo! Se localiza en la falda de una enorme montaña a un costado de la pintoresca ciudad. El recorrido es de los más atractivos, además,

se puede disfrutar de la muy diversa gama de fauna de la región, así como su espectacular flora. Pero durante mi visita, no puedo olvidar que al salir del zoológico, la última jaula tenía un letrero que decía más o menos así:

El animal que estás a punto de ver es el más peligroso de todos, pues es capaz de destruirse a sí mismo y aniquilar todo lo que se encuentra a su alrededor.

En ese momento me asomé para ver de qué extraña especie se trataba. Pero para mi sorpresa no había ningún cuadrúpedo fuera de lo común o un ave de colores exóticos, más bien, había un espejo. En ese espejo, lo único que veía era mi rostro. Entonces descubrí una gran verdad: «Nosotros somos nuestro peor enemigo».

Una de las razones por la que cientos de cristianos sinceros sufrimos derrotas en la vida espiritual, es porque constantemente culpamos al diablo de nuestros fracasos. Y aunque es cierto que este personaje tiene cierta responsabilidad al inducirnos al pecado, no hemos de olvidar que nosotros poseemos una tendencia al mal desde que nacemos (léase Salmos 51: 5). Eso significa que nosotros mismos estamos infectados con el pecado. Pero muchas veces le facilitamos al diablo el trabajo. Por eso, al entregar nuestra vida a Cristo a través del bautismo, el Señor implanta en el corazón humano una nueva naturaleza, contraria a la nuestra, como dice el profeta Ezequiel: «Los rociaré con agua pura, y quedarán purificados. Los limpiaré de todas sus impurezas e idolatrías. Les daré

un nuevo corazón, y les infundiré un espíritu nuevo; les quitaré ese corazón de piedra que ahora tienen, y les pondré un corazón de carne. Infundiré mi Espíritu en ustedes, y haré que sigan mis preceptos y obedezcan mis leyes» (Ezequiel 36: 25-27). Ahí se inicia una lucha entre dos naturalezas. ¿Cuál de las dos va a prevalecer? Muy sencillo: la que sea más alimentada. Mientras el cristiano elija libremente que el Espíritu Santo controle su vida, la naturaleza pecaminosa estará sometida al poder divino, tal como la Escritura lo dice: «Pues por medio de él la ley del Espíritu de vida me ha liberado de la ley del pecado y de la muerte» (Romanos 8: 2).

Pero ahí no termina la historia. La naturaleza pecaminosa todavía está latente y dispuesta a volver a dominar la conciencia en el menor descuido. Solo basta que descuidemos nuestra relación personal con Jesús y comencemos a alimentar la naturaleza pecaminosa, entonces, la tendencia al mal resurgirá con renovadas fuerzas. E. G. White lo dice así: «Tan pronto como Satanás pueda separar el alma de Dios, la única fuente de fortaleza, procura despertar los deseos impíos de la naturaleza carnal del hombre». ⁵ En realidad, lo único que hace el diablo es alejarnos de Dios y estimular los deseos carnales de nuestra propia naturaleza carnal: «Cada uno es tentado cuando sus propios malos deseos lo arrastran y seducen» (Santiago 1: 14).

¿Qué conduce a una pareja de jóvenes cristianos a tener relaciones sexuales fuera del matrimonio? ¿Acaso están planeando de manera racional el fracaso de su noviazgo? En realidad, estas situaciones son con-

secuencia de un camino que se va pavimentando lentamente, el cual se inicia con el descuido de la relación con Jesús, lo que abre la puerta para que Satanás alimente los deseos carnales de los seres humanos. Cuanto más se alimente la naturaleza pecaminosa mayores probabilidades habrá que los resultados sean nefastos. Entonces, solo es cuestión de tiempo para que la bomba explote.

Desconfianza propia

En la vida cristiana tenemos que aprender a desconfiar de nosotros mismos, reconocer que dentro de nuestro corazón reside la tendencia al mal y depender de Jesús diariamente. Esta lección no es fácil de asimilar y a menudo Dios permitirá que tengamos ciertos fracasos para entender que en la vida lo único que podemos hacer es depender totalmente de Cristo, y desconfiar de nuestra propia sabiduría. La Biblia dice: «Confía en el Señor y haz el bien [...] y él actuará» (Salmos 37: 3, 5). «A ti te las enseñé en este día, para que pongas tu confianza en el Señor y **no te apoyes en tu propio entendimiento**» (Proverbios 22: 19, énfasis añadido).

Uno de los errores más significativos que tuvo el rey David consistió en confiar más en su éxito y prosperidad espiritual que en reconocer que todo lo bueno que tenía provenía de Dios: «El Espíritu de confianza y ensalzamiento de sí, fue el que preparó la caída de David. La adulación y las sutiles seducciones del poder y del lujo, no dejaron de tener su efecto sobre él». ⁶ ¿Quién puede sobrevivir al elogio, al poder, a la adulación o a las comodidades materiales?

En cierta ocasión un reportero le preguntó a una persona que dedicó toda su vida a la lucha libre, ahora retirada por las múltiples lesiones que tenía, qué era lo que más extrañaba de su profesión. Él le contestó sin ninguna duda: «Lo que más extraño de mi profesión son los aplausos», y agregó, «me hice adicto a ellos». A los seres humanos nos gusta este tipo de seducciones; las disfrutamos, las deseamos. Tal vez las podemos disfrazar a través de un manto de piedad hasta con tintes religiosos, pero al final es solo el poder, la fama, el prestigio lo que nos deslumbra y lo que realmente buscamos. Robert Greene en su famoso libro *Las 48 leyes del poder* describe esas ansias de dominio que el ser humano tiene, de una forma cruel y despiadada: «Todos tenemos ansias de poder, y casi todas nuestras acciones tienen por objetivo obtenerlo, quienes dicen que no lo buscan solo procuran encandilarnos y distraernos de sus juegos de poder a través de sus aires de superioridad moral».⁷

David pensó que él podía resolver sus problemas con sus propios recursos. Las Sagradas Escrituras nos dicen:

Una tarde, al levantarse David de la cama, comenzó a pasearse por la azotea del palacio, y desde allí vio a una mujer que se estaba bañando. La mujer era sumamente hermosa, por lo que David mandó que averiguaran quién era, y le informaron: «Se trata de Betsabé, que es hija de Elián y esposa de Urías el hitita». Entonces David ordenó que la llevaran a su presencia, y cuando Betsabé llegó, él se acostó con ella. Después de eso, ella volvió a su casa. Hacía poco

que Betsabé se había purificado de su menstruación, así que quedó embarazada y se lo hizo saber a David (2 Samuel 11: 2-5).

¿Por qué David no decidió huir de esa situación en el momento en que vio a esa mujer desnuda? ¿Por qué quiso enfrentar esa tentación con sus propias fuerzas y sus propios recursos?

El autoengaño

Daniel Goleman, especialista en la conducta humana, declara: «La tendencia del hombre a engañarse a sí mismo desempeña un papel importante en la aniquilación de la tierra».⁸ ¡Esto es una gran verdad para nuestros tiempos! Tendemos a engañarnos a nosotros mismos y a minimizar el pecado abierto. Este tipo de conducta tarde o temprano causará nuestra propia autodestrucción.

La Biblia revela que el corazón es engañoso (Jeremías 17: 9). Hay una tendencia en nosotros mismos a cerrar los ojos ante dicha realidad inevitable. No obstante, muchas personas se niegan a aceptarlo; como si se colocaran una venda en sus ojos, ya sea a nivel espiritual o emocional. Este mecanismo de autoengaño consiste no tanto en negar la realidad sino en distorsionarla, deformar lo que se ve, falsificar inconscientemente la información, y sirve para protegernos de una realidad que causa angustia dolorosa, ningún hombre alcanza a ver la verdad más allá de lo que puede soportar.

David cerró sus ojos al peligro mortal que enfrentaba, él pensó que podía controlar la situación, pero se olvidó que fue la situación la que lo controló a él;

nunca quiso ver la peligrosa realidad que enfrentaba. Hoy en día esta misma actitud se sigue reflejando en muchos cristianos. Cuando enfrentamos una peligrosa tentación nos autoengañamos pensando que tenemos el control de todo, que somos muy inteligentes, después de todo nos hemos librado de peores circunstancias, pero somos muy ingenuos cuando jugamos con fuego; tarde o temprano vamos a quemarnos.

Veamos algunos ejemplos de lo que hemos mencionado:

- El joven razona que las caricias atrevidas que le da a su novia solo son «unos besos de amor».
- El hombre casado explica que solo tiene una «sana conversación» con una amiga íntima que no es su esposa.
- La esposa golpeada dice que esas cicatrices que le ha hecho su esposo son «muestras de cariño».
- El niño que es víctima de abuso sexual (probablemente por parte de un familiar cercano) y cuya madre lo percibe, pero lo ve como algo inconcebible y no quiere «enfrentar la realidad».
- La chica que ve a su novio bebiendo alcohol, con actitudes violentas hacia ella, pero piensa que, cuando se case con él, «lo cambiará».
- El esposo insensible, frío e indiferente que piensa que tiene una bonita familia, que todos son muy felices, mientras que la esposa se siente frustrada, nulificada y con una baja autoestima por el descuido de un «esposo carente de afecto».

Es difícil aceptar la realidad. Es mejor fingir algo que no somos ni tenemos. Esta es la más grande tragedia del ser humano, pues lo que Dios desea en

nuestra vida es que seamos transparentes e íntegros con nosotros mismos y él sabe que la única manera de lograr esto es contemplando a Dios y teniendo un encuentro con él. Es aquí donde el mensaje del evangelio, luz por excelencia, puede penetrar y transformar esos rincones de oscuridad en una vida de abundancia. Es entonces cuando podemos decir como el profeta Isaías:

Vi al Señor excelso y sublime, sentado en un trono; las orlas de su manto llenaban el templo. Por encima de él había serafines, cada uno de los cuales tenía seis alas: con dos de ellas se cubrían el rostro, con dos se cubrían los pies, y con dos volaban. Y se decían el uno al otro: «Santo, santo, santo es el Señor Todopoderoso; toda la tierra está llena de su gloria». Al sonido de sus voces, se estremecieron los umbrales de las puertas y el templo se llenó de humo. Entonces grité: «¡Ay de mí, que estoy perdido! Soy un hombre de labios impuros y vivo en medio de un pueblo de labios blasfemos» (Isaías 6: 1-5).

La sublime visión que el profeta tuvo de Dios nos da un sentido de la grandeza, misterio y poder de Dios. El ejemplo de Isaías al reconocer su pecaminosidad delante de Dios nos anima a confesar nuestro pecado. Su descripción del perdón nos recuerda que también Dios nos perdona. Cuando contemplamos la santidad de Dios, podemos percibir que somos «hombres y mujeres de labios impuros». La condición de Isaías es la de cualquier persona. Nadie en su condición actual, es capaz de pararse delante de Dios.

¿Te das cuenta de la magnitud del problema? Mientras el ser humano no contemple la santidad de Dios cada día, se sentirá cómodo, según su propio criterio. Poco a poco, se convencerá de que es buen cristiano que predica, asiste al templo, devuelve sus diezmos y lleva una vida espiritual aceptable. Pero tarde o temprano se enfrenta a su inevitable tragedia: un constante ceder a las tentaciones y abrir la puerta al pecado en sus diferentes modalidades, hasta el punto de vivir esclavo de perversiones dignas de un criminal. Nada parece funcionar ante la escalada de descomposiciones morales. ¡Nada! Entonces, aparece un dejo de desprecio hacia la fe, las Escrituras y los mensajeros de Dios.

Sí, no hay ninguna duda. Nosotros somos nuestro peor enemigo. Por eso el apóstol Pablo exclamó: «¡Soy un pobre miserable! ¿Quién me librará de este cuerpo mortal?» (Romanos 7: 24). Esta es una realidad que debemos aprender pronto, de lo contrario estaremos destinados al fracaso.

Razonamientos mortales

En diversas ocasiones he encontrado diversos casos de familias fragmentadas, jóvenes devastados y aun líderes religiosos que han arruinado sus vidas porque se consideran suficientemente capaces de resolver esa situación. Al igual que David, les gusta jugar y coquetear con el pecado, en lugar de reconocer su debilidad y desconfiar de sí mismos. Incluso, hay personas sabias que les advierten del peligro, pero ellos razonan de diversas formas sin tomar en cuenta dichas amonestaciones, para luego sucumbir en el abismo del pecado.

A continuación presento cinco razonamientos mortales (pueden existir más, pero estos son algunos de los más comunes) que utilizamos muchas veces para auto engañarnos, y a menudo para justificar o excusar un pecado. Estos raciocinios nos pueden indicar cuando alguien está al borde del precipicio.

Razonamiento 1. Yo puedo controlar la situación.

«¡Pastor, no se preocupe, no voy a dejar que la situación se salga de mi control! En realidad, sé lo que hago». «¡Solo fue una caída! ¡No volverá a pasar!» «¡Solo vi unas imágenes inofensivas en la computadora, no hago nada malo!» Así se quiere dar la impresión de una persona segura de sí misma y que tiene al pecado bajo su dominio. Nada más falso. Aquí es prudente escuchar un conocido refrán: «Dime lo que presumes y te diré de lo que careces».

Razonamiento 2. Dios quiere que sea feliz.

«¡Pastor, tengo derecho a vivir! Todo se puede justificar, pues no soy feliz y Dios quiere lo mejor para mí. Tengo derecho a buscar una nueva esposa, a tener una aventura amorosa. Dios es amor, él todo lo perdona; puedo caer cinco veces y Dios me ama. ¡Todos los hombres somos débiles y carnales!»

¿Pero qué tipo de felicidad busco? ¿Una que contradiga los principios cristianos abiertamente o que pueda usar la Biblia a mi antojo para apoyar mis razonamientos y justificar el pecado en mi vida? ¿A quién queremos engañar?

Razonamiento 3. No quiero lastimar a nadie.

«Estoy actuando en función de mi felicidad pero quiero causar el menor daño posible». No se puede

cometer pecado sin que traiga consecuencias y se lastime a más personas. En una aventura amorosa, en una relación sexual fuera del matrimonio, inevitablemente permanecen cicatrices que son difíciles de borrar e involucran a muchas personas.

Razonamiento 4. Eso a mí nunca me va a pasar.

¡Cuidado con decir eso! Hasta ahora no hay vacuna que nos haga inmunes a la tentación y a las caídas. La tentación está dispuesta a despertar nuestros deseos carnales al menor descuido y no respeta límite alguno. Martín Lutero dijo al respecto: «En cada etapa de la vida hay tentación para los cristianos piadosos: la lujuria para los jóvenes; la ambición y la vanagloria para los adultos, y la avaricia tienta a los ancianos».

Razonamiento 5. Ustedes no comprenden mi situación.

Con esta excusa justificamos el divorcio, el adulterio o la fornicación. En nuestras caídas, siempre buscamos una excusa antes de reconocer nuestro pecado; culpamos a la iglesia, a los creyentes o al pastor para justificar nuestra derrota espiritual. Responsabilizamos a otros de algo que nuestros problemas e insistimos en ver en los demás nuestras propias carencias. Pero todo es una cortina de humo para ocultar los verdaderos motivos. Un intento de desviar la atención de la principal causa que nos está impulsando: el deseo de pecar.

Reconocer que nosotros somos nuestro peor enemigo es parte de la vida de un verdadero cristiano. Todos luchamos en la misma trinchera. Entonces, ¿por

qué no reconocer nuestra debilidad y solicitar ayuda? ¿Por qué seguir aparentando que somos fuertes cuando en realidad somos débiles? ¿Por qué no admitir nuestra situación delante de Dios? ¡Él entiende perfectamente la condición de cada uno de sus hijos! Él ha hecho un plan para superar esta situación: «Si Cristo está en ustedes, el cuerpo está muerto a causa del pecado, pero el Espíritu que está en ustedes es vida a causa de la justicia» (Romanos 8: 10).

Referencias

- ¹E. G. White, *El Deseado de todas las gentes*, México, Asociación Publicadora Interamericana-Gema Editores, segunda impresión, 2011, p. 246.
- ²White, *Patriarcas y profetas*, México, Asociación Publicadora Interamericana-Gema Editores, 2011, pp. 757-758.
- ³R. C. Sproul, *Las grandes doctrinas de la Biblia*, Miami, Editorial Unilit 1996, p. 164.
- ⁴AecioCairus, *Teología, fundamentos bíblicos de nuestra fe*, Asociación Publicadora Interamericana-Gema Editores, 2005, p. 258.
- ⁵White, *Patriarcas y profetas*, op. cit., p. 758.
- ⁶Ibid., p. 758.
- ⁷Robert Greene, *Las 48 leyes del poder*, Buenos Aires, Editorial Atlántida, p. 2008.
- ⁸Daniel Goleman, *La psicología del autoengaño*, Buenos Aires, Editorial Atlántida, 1997, p. 17.



¿Qué alimenta nuestra mente?

ENRIQUE ES UN ADOLESCENTE que asiste cada sábado a la iglesia con su familia. Sus padres son personas sumamente trabajadoras, así que él pasa gran parte de la tarde solo. A uno de sus hermanos le atraen mucho las películas de terror. Así que constantemente está viendo ese tipo de películas en casa, especialmente cuando oscurece. Uno de esos días Enrique se sienta a ver una película con su hermano. Las escenas de figuras luciferinas, el asesinato atroz de varias personas, así como los espeluznantes efectos especiales, dejan al joven muy inquieto durante la noche. En realidad, no puede dormir. Al poco tiempo, su hermano lo invita a ver otra película similar. Esta vez las escenas son aun más crudas. Poco a poco, Enrique se llena de temor cada noche. Ya no desea estar solo y sufre de terrores nocturnos. Ni aun la asistencia a la iglesia parece mitigar su angustia. Sus padres comienzan a preocuparse. El mundo de las tinieblas parece más cerca de la vida del chico.

«Escuchen y entiendan. Lo que contamina a una persona no es lo que entra en la boca sino lo que sale de ella [...]. Pero lo que sale de la boca viene del corazón y contamina a la persona. Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, la inmoralidad sexual, los robos, los falsos testimonios y las calumnias» (Mateo 15: 10-11, 18-19).

Mucha gente piensa que el nivel de pecaminosidad que tiene una persona solo se reduce a sus acciones. Por ejemplo, es fácil concluir que el borracho, el drogadicto o la prostituta son pecadores, pero nos resulta difícil creer que alguien dentro de la iglesia, con un prestigio aceptable, sea un pecador igual de condenable solo porque tiene «un poquito de orgullo o alberga pensamientos impuros».

Desde la perspectiva divina, todos los deseos de la carne, «inmoralidad sexual, impureza y libertinaje; idolatría y brujería; odio, discordia, celos, arrebatos de ira, rivalidades, disensiones, sectarismos y envidia; borracheras, orgías, y otras cosas parecidas» (Gálatas 5: 19-21), son tan condenables como los pecados más estrambóticos que percibimos a nuestro alrededor.

El pecado de David tuvo lugar antes de que el acto se llevara a cabo. En realidad, se originó en su propia mente. Veamos como lo describe la Sagrada Escritura: «Una tarde, al levantarse David de la cama, comenzó a pasearse por la azotea del palacio, y desde allí vio a una mujer que se estaba bañando. La mujer era sumamente hermosa» (2 Samuel 11: 2). El pecado de David comenzó con la mirada. Esto me recuerda

otros ejemplos bíblicos semejantes a esta historia y las aterradoras consecuencias que causó el mirar «aparentemente inocente». Este fue el caso de Adán y Eva: «La mujer vio que el fruto del árbol era bueno para comer, y que tenía buen aspecto y era deseable para adquirir sabiduría, así que tomó de su fruto y comió. Luego le dio a su esposo, y también él comió» (Génesis 3: 6). Algo similar le sucedió a Acán. Este hombre acarreó maldición sobre el pueblo israelita al desobedecer el mandato divino de no tocar nada del botín conquistado, pues estaba reservado para la destrucción como resultado de la conquista de Jericó:

Entonces Josué lo interpeló: «Hijo mío, honra y alaba al Señor, Dios de Israel. Cuéntame lo que has hecho. ¡No me ocultes nada!». Acán le replicó: «Es cierto que he pecado contra el Señor, Dios de Israel. Esta es mi falta: Vi en el botín un hermoso manto de Babilonia, doscientas monedas de plata y una barra de oro de medio kilo. Me deslumbraron y me apropié de ellos. Entonces los escondí en un hoyo que cavé en medio de mi carpa. La plata está también allí, debajo de todo» (Josué 7: 19-21).

Únicamente bastó con una mirada. Acán solo vio. Eva solo vio. David echó una inocente mirada. Pero fue suficiente para abrir la puerta de la tentación y provocar su propio derrumbe espiritual y el de sus familias.

¿Qué estás viendo?

Los privilegios de la vista no tienen por qué estar vinculados con el pecado. En realidad, el sentido de

la vista es un don de Dios. ¿Pero cómo lo estamos usando? Después de muchos siglos de estudiar la mente humana, Satanás ha entendido la influencia que los estímulos visuales tienen en el cerebro. Por eso, usa eficazmente los medios masivos de comunicación para controlar sus vidas. Joan Ferrés dijo: «La proliferación de estímulos visuales y sonoros anestesía la conciencia».¹

Asimismo, los especialistas de la mercadotecnia han encontrado que el sexo es un producto que deja ganancias multimillonarias. Por eso, lo utilizan en todo tipo de publicidad urbana, televisión, medios impresos, asimismo lo integran como parte fundamental de películas en el cine y programas televisivos. Daniel Reynaud describe la forma como se trabaja en la televisión cuando esta presenta su publicidad sugestiva:

Presentan personajes populares cuyo estilo de vida es un poco superior al nuestro, anima al consumismo, que es lo que desean los publicistas. El materialismo rampante de la televisión, y hasta cierto punto su racismo (la raza blanca predomina) y sexismo (los hombres aparecen tres veces más en la televisión que las mujeres y generalmente tienen los puestos de poder) tienen como objetivo apoyar la publicidad. Para los cristianos las cosas más notables en relación con la televisión y el cine suelen ser el sexo y la violencia, aunque a menudo dejamos de notar el craso materialismo tan arraigado en estos tipos de entretenimiento. La razón por la que el materialismo no nos ofende es porque tenemos los mismos valores.²

Actualmente parece que ver televisión o encender una computadora es una actividad prioritaria. Es

más, alguien que no tiene televisión, teléfono celular o computadora resulta extraño y digno de sospecha en una comunidad. En relación a cómo estos aparatos electrónicos pueden afectar la vida de las personas, el psiquiatra Richard Winter comenta lo siguiente:

Cuando la estimulación viene a nosotros por todos lados, llegamos a un punto en el que no podemos responder con profundidad. Somos bombardeados con muchos estímulos excitantes que demandan nuestra atención. Llegamos a ser incapaces de discernir y elegir entre muchas opciones, como consecuencia, cerramos nuestra atención a todo. El aburrimiento que nosotros sentimos hoy, es una sobrecarga. Cuando nosotros estamos rodeados de tanta información, nos resulta difícil discernir lo que es relevante e importante y encontrar significado a algo.³

Si estos medios son herramientas eficaces en manos de Satanás, estamos en problemas. ¿No te parece?

Todos los días la mente humana está expuesta a mirar diversos estímulos, tanto buenos como malos. Pero no necesitas cubrirte los ojos cada vez que sales a la calle, a tu trabajo o a tu escuela. Martín Lutero dijo en cierta ocasión: «Tú no puedes impedir que los pájaros vuelen sobre tu cabeza, pero sí puedes evitar que aniden sobre ella». Es decir, no puedes evitar observar imágenes desagradables o tentadoras, pero sí puedes evitar mirarlas por segunda vez; y ese fue el gran problema de David, quien no pudo evitar ver a una mujer desnuda. Pero en vez de apartarse de ahí,

siguió observándola hasta que la codicia se apoderó de él, hasta que llegó a la conclusión de que «la mujer era sumamente hermosa» (2 Samuel 11: 2). Entonces, se combinaron algunos ingredientes para detonar la bomba: la soledad, el poder, el apetito sexual.

Hoy, al igual que David, estamos expuestos a la misma tentación, solo que en lugar de mirar desde una azotea, estamos expuestos a mirar estímulos sexuales en Internet, en la publicidad televisiva, en algunas películas, en cientos de revistas y aun en las caricaturas. Octavio Paz lo expresó de una manera concisa cuando dijo que «una explosión de la comunicación corresponde a una implosión del pensamiento». La mente humana no distingue entre la realidad y la fantasía. Cuando vemos imágenes o escenas de las películas, vivimos la intensidad del trama porque llegamos a sentir el miedo, la emoción, el romance y la pasión de lo que escuchamos y vemos; y aquí yace la estrategia del diablo, que sabe muy bien que no será fácil convencer a un joven cristiano o a un creyente a que asista a un lugar indebido. Sin embargo, Satanás puede, por medio de la imaginación y el poder sugestivo de la mente, transportarnos a un lugar donde matar, robar, cometer adulterio o participar de un rito satánico que parezca tan real como si estuviéramos participando de él. Eso es lo que ocurre cuando se contemplan escenas eróticas o violentas en telenovelas, películas, videojuegos, páginas de Internet o a través de letras de canciones populares.

Desde hace varias décadas, una gran cantidad de películas de cine están desarrollando temas relacionados con lo sobrenatural que pueden impactar las

creencias sobre el tema de lo paranormal tanto a adultos como a niños. Basta mencionar la serie de Harry Potter, cuyas historias van a preparar a una generación en las enseñanzas del espiritismo.

Lo más interesante es que Dios usa la contemplación para transformar la mente humana. Así lo declara su Palabra: «Todos nosotros, que miramos la gloria del Señor a cara descubierta, como en un espejo, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (2 Corintios 3: 18). En otras palabras, **somos lo que contemplamos**. Es decir, nuestra mente se alimenta de lo que continuamente vemos, oímos y de lo que platicamos. E. G. White agrega al respecto: «Hay una ley de la naturaleza intelectual y espiritual según la cual modificamos nuestro ser mediante la contemplación. [...] Jamás se elevará el hombre a mayor altura que la de su ideal de pureza, de bondad o de verdad».⁴ La pregunta es, ¿qué ideal de pureza contemplamos o acariciarnos diariamente?

Lamentablemente, los medios de comunicación masiva venden un concepto distorsionado de la sexualidad y presentan los valores cristianos como absurdos, anacrónicos y reservados para fanáticos religiosos. Es así como exponen antivalores como los siguientes:

- El placer es muy importante.
- El dinero resuelve todos los problemas.
- El éxito equivale a fama, poder y fortuna.
- Los cristianos son excéntricos, raros, intolerantes y anacrónicos.
- El amor apasionado vence todos los obstáculos.

- Los problemas de la vida pueden resolverse sin Dios.
- Ser cristiano es irrelevante.

¡Cuidado con la adicción!

La vida contemporánea nos ha conducido a cambios demasiado rápidos. De pronto nos enfrentamos a dos situaciones contrastantes:



Adicción es dependencia. Asimismo, se relaciona con los campos de la actividad humana que participan en lo sagrado y lo religioso desde el inicio de los tiempos, antes de fundar la moral de nuestros antepasados. Este es el caso de la comida, el sexo, el alcohol y las drogas, el dinero y el azar, que son elementos adictivos desde tiempos inmemoriales, ya que han sido objeto de culto y rituales. Un adicto es una persona que hace de una sustancia (drogas toleradas, prohibidas o prescritas) o una conducta (Internet, sexo, juego, compras) el centro de su vida, y ante su ausencia corre el riesgo de padecer un fuerte malestar físico o psicológico. Únicamente quiere vivir por y para el objeto de su dependencia. Es decir, una actividad adictiva constituye una adicción si causa problemas en su propia vida, pero sigue haciéndolo, a pesar de esto.

En el caso de la adicción al sexo, hay cuatro fases:

- Fase de **obsesión**, el sujeto se encuentra completamente absorbido por las preocupaciones sexuales. Una parte de su tiempo lo utiliza viendo pornografía en Internet, revistas o películas.
- Fase de **ritualización**, ejecución de rituales que preceden al comportamiento sexual.
- Fase del **acto sexual**, que da alivio temporal y provisorio.
- Fase de **desesperanza**, sentimiento de impotencia para controlar su conducta.

El doctor Arnold M. Washton, especialista en el tratamiento de las adicciones, es claro al señalar que «el rasgo distintivo de la conducta adictiva es que para ponerla bajo control, la voluntad no es suficiente».⁵ Cuando la adicción domina al individuo, entonces este cae en un círculo vicioso difícil de romper. Su voluntad comienza a destruirse y él se torna un esclavo de sus propias pasiones.

Cualquier adicción, ya sea que tenga que ver con sustancias o conducta, se inicia sin pensar en los peligros que conlleva. En realidad, los adictos se vuelven personas demasiado vulnerables y fáciles de dominar.

El proceso de la adicción se puede comparar con entablar una relación. A medida que atravesamos las sucesivas etapas, nuestro compromiso se intensifica y el influjo que ejerce sobre nosotros se vuelve más fuerte. Véase el recuadro de la página 58.

Los peligros de Internet

En veinte años Internet ha pasado de ser una herramienta militar a placebo de millones de personas

Cómo cae en la adicción la gente común	
Etapas 1: Enamoramiento	Nuestras primeras experiencias con una droga o actividad nos dejan una marca grabada, sobre todo si produjeron un efecto estimulante o agradable.
Etapas 2: Luna de miel	Sometidos a tensiones, nos volcamos a esa experiencia estimulante en busca de consuelo o alivio. Obtenemos solo sus efectos positivos y suponemos que estos serán duraderos.
Etapas 3: Traición	La droga o el hábito adictivo que tan buen servicio nos ha prestado se vuelven en nuestra contra. «Ya no nos eleva».
Etapas 4: En la ruina	Al desatender los cada vez más peligrosos efectos negativos de la droga o actividad adictiva, tratamos de recuperar la luna de miel incrementando nuestro compromiso con ella.
Etapas 5: Atrapados	Ahora, cuanto más nos debatimos por romper la adicción a través de la fuerza de voluntad únicamente, más caemos en sus garras.

que hoy reconocen una terrible realidad: «Soy adicto a Internet». Considerada por algunos especialistas como «la adicción del siglo XXI», la adicción a Internet es un término amplio que cubre una variedad de conductas y problemas impulsivos. Este problema cubre cinco ámbitos específicos:

1. **Adicción cibersexual.** Adicciones a salas de chat de adultos y pornografía cibernética.
2. **Adicción a relaciones cibernéticas.** Amistades hechas en línea como en salas de chat (tipo de ha-

bitación para conversar, la diferencia es que es privado), reemplazan las relaciones de amistades y familia. Aquí se incluye el asunto de las infidelidades cibernéticas, las cuales han sido la causa de muchos divorcios.

3. **Conductas compulsivas en la red.** Apuestas en línea, compras desordenadas, participación en subastas cibernéticas.
4. **Adicción al exceso de información.** Los adictos de esta categoría necesitan buscar información en exceso, quieren instruirse todo el día y buscar cómo descargar todo tipo de datos.
5. **Adicción religiosa.** Estos individuos pasan muchas horas, en el nombre de Dios, buscando páginas cristianas, chateando con amigos creyentes, buscando sermones, artículos espirituales, no obstante pasan muy poco tiempo con la familia. Lo paradójico de todo esto es que casi no estudian la Biblia, y su vida de oración es muy escasa porque solo tienen tiempo para la computadora.

Trastorno por adicción a Internet

Este término representa una modalidad de expresión de una dolencia a través de un nuevo producto tecnológico. La persona que ha desarrollado una adicción a Internet queda conectada durante horas, perdiendo totalmente la conciencia del tiempo. El punto es que el individuo no logra controlar la necesidad de conectarse a la red, transformándose esta en un vehículo donde canaliza todos sus deseos y frustraciones. Aunque actualmente existe un debate entre los

especialistas en cuanto a si Internet puede causar adicción; lo cierto es que todos coinciden que su uso excesivo puede ser una forma de evadir problemas subyacentes, tales como las dificultades relacionales, malestares ligados a la salud física o mental (depresión o ansiedad entre otros).

El psicólogo Cesare Guerreschi, experto en problemas de alcohol, fármacos y juegos de azar, presenta ocho criterios descritos para el diagnóstico de uso problemático de Internet:

1. Preocupación por Internet.
2. Necesidad de mayor cantidad de tiempo *online*.
3. Reiterados intentos de reducir el uso de Internet.
4. No adaptarse al uso reducido de Internet.
5. Problemas con el manejo del tiempo.
6. Problemas de estrés en la familia, en la escuela, en el trabajo, con los amigos.
7. Mentiras respecto del tiempo que se estuvo en la web.
8. Cambios de humor.⁶

El uso problemático de Internet se caracteriza por la imposibilidad del individuo de tener control sobre esta actividad, que por el contrario, conduce a estrés y a un empobrecimiento de las actividades cotidianas: familia, amigos, iglesia, escuela y el trabajo.

Un testimonio real

Cuando se dio cuenta de que ya eran las 7:00 a.m., habían pasado 18 horas desde que empezó a navegar

en Internet. El despertador sonó a las 7:30 a.m. Entonces, interrumpió su sesión y caminó a la Facultad de Derecho para asistir a clases. Sus ojos reflejaban el saldo de la noche cibernética: diez salones de chat visitados, un gran número de canciones y videos descargados en el disco duro de su computadora, una larga sesión de juegos en línea e incontables visitas a páginas pornográficas. A sus 24 años le resultaba difícil aceptar que la red lo había atrapado, y que esto le había acarreado múltiples conflictos personales y familiares. Ya no era el mismo estudiante promisorio de la universidad. Ahora sentía que debía conectarse a Internet para sentirse vivo.

En realidad, Internet es una plataforma que favorece las conductas adictivas antes que representar una forma específica de adicción. Eso significa que Internet es en esencia un soporte que puede dar bríos a adicciones clásicas, como las compras compulsivas (ventas en línea), masturbación (cibersexo), así como los videojuegos y las apuestas en la red. Los juegos de acción, los juegos de rol y los foros de discusión pueden transformarse en sucedáneos de socialización en una realidad de profunda soledad. Asimismo, las personas proclives a engancharse en Internet son aquellas que pertenecen a familias disfuncionales o quienes padecen serios problemas de fobias sociales o escolares, es decir, para quienes la adicción representa un refugio.

¿Soy adicto a Internet?

Si respondes afirmativamente a cinco de las preguntas siguientes, podrías padecer de adicción a Internet.

Preguntas	Si	No
1. ¿Sientes expectación ante tu próxima sesión en línea?		
2. En tu próxima sesión en línea, ¿tienes necesidad de usar Internet por periodos de tiempo cada vez mayores?		
3. ¿Has realizado esfuerzos infructuosos por controlar, reducir o frenar el uso de Internet?		
4. ¿Has puesto en riesgo alguna relación personal, un trabajo o una oportunidad educativa por estar en la red?		
5. ¿Has mentido a familiares con el fin de ocultar tu devoción a la web?		
6. ¿Recurres a Internet como una forma de escapar de tus problemas?		

Consejos para administrar el uso de Internet en casa

1. **La computadora debe ubicarse en un área común de la casa.** La presencia del resto de los miembros de la familia favorece un uso sabio de Internet.
2. **Hay que hacer de Internet una actividad familiar.** Hay una gran desventaja en desvincularse de este medio, especialmente si hay hijos en casa.
3. **Es necesario limitar el uso de Internet.** Aquí son necesarias reglas y horarios.
4. **No es aconsejable que los jóvenes participen en chats privados, especialmente cuando los padres no están en casa.** Los violadores sexuales con frecuencia conocen a sus posibles víctimas a

través de chats. Posteriormente tratan de comunicarse con los menores mediante mensajes electrónicos.

5. **Hay que consolidar la regla: «No se debe hablar con extraños».** Recuerde que los violadores cibernéticos fingen ser niños.
6. **No es saludable proporcionar información personal de ningún tipo en Internet.**
7. **Si no hay Internet en casa, pero los jóvenes van a un centro de cómputo, es necesario supervisar con qué amigos van y a qué local se dirigen para hacer sus tareas.**

El hombre depravado

En Romanos 1: 18-32, el apóstol Pablo presenta en este capítulo el retrato del hombre degenerado y las terribles consecuencias de vivir sin Dios. Veamos lo que dice:

Ciertamente, la ira de Dios viene revelándose desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los seres humanos, que con su maldad obstruyen la verdad. Me explico: lo que se puede conocer acerca de Dios es evidente para ellos, pues él mismo se lo ha revelado. Porque desde la creación del mundo las cualidades invisibles de Dios, es decir, su eterno poder y su naturaleza divina, se perciben claramente a través de lo que él creó, de modo que nadie tiene excusa. A pesar de haber conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se extraviaron en sus inútiles razonamientos, y se les oscureció su insensato corazón. Aunque

afirmaban ser sabios, se volvieron necios y cambiaron la gloria del Dios inmortal por imágenes que eran réplicas del hombre mortal, de las aves, de los cuadrúpedos y de los reptiles. Por eso Dios los entregó a los malos deseos de sus corazones, que conducen a la impureza sexual, de modo que degradaron sus cuerpos los unos con los otros. Cambiaron la verdad de Dios por la mentira, adorando y sirviendo a los seres creados antes que al Creador, quien es bendito por siempre. Amén. Por tanto, Dios los entregó a pasiones vergonzosas. En efecto, las mujeres cambiaron las relaciones naturales por las que van contra la naturaleza. Así mismo los hombres dejaron las relaciones naturales con la mujer y se encendieron en pasiones lujuriosas los unos con los otros. Hombres con hombres cometieron actos indecentes, y en sí mismos recibieron el castigo que merecía su perversión. Además, como estimaron que no valía la pena tomar en cuenta el conocimiento de Dios, él a su vez los entregó a la depravación mental, para que hicieran lo que no debían hacer. Se han llenado de toda clase de maldad, perversidad, avaricia y depravación. Están repletos de envidia, homicidios, disensiones, engaño y malicia. Son chismosos, calumniadores, enemigos de Dios, insolentes, soberbios y arrogantes; se ingenian maldades; se rebelan contra sus padres; son insensatos, desleales, insensibles, despiadados. Saben bien que, según el justo decreto de Dios, quienes practican tales cosas merecen la

muerte; sin embargo, no solo siguen practicándolas sino que incluso aprueban a quienes las practican.

De acuerdo con la Biblia, hay pecados que son especialmente repulsivos a Dios, como la idolatría, la impureza sexual, la perversidad, la homosexualidad, la avaricia, el homicidio, la disensión, el chisme, la soberbia, la arrogancia, la rebeldía, la falta de piedad, entre otros. Curiosamente, algunos de estos pecados son el tema central de cientos de canciones, películas y programas de televisión. De ahí que debamos ser mucho más cuidadosos en lo que alimenta nuestra mente. La filósofa Michela Marzano al reflexionar sobre esta problemática comenta lo siguiente:

El hecho de estar constantemente en contacto con la violencia y sus múltiples manifestaciones crea una especie de hábito; y el hábito embota las emociones y atenúa la cólera ante las injusticias a las que enfrentamos. Hasta acostumbrarse a la crueldad, acomodarse a ella y creer que la compasión ante el sufrimiento de los demás no es más que una manifestación de debilidad.⁷

George R. Knight también hace una interesante declaración al respecto:

Vivimos en una sociedad que, en buena medida, aprueba y aplaude el mal. Basta con mirar lo que el público llama entretenimiento, para darse cuenta de ello, lo que no está lleno de sexo y violencia empaquetados en acción, difícilmente alcanza la clasificación de entretenimiento popular. En lo que a esto se refiere, la sociedad mo-

derna no se ha alejado mucho del mundo de la antigüedad. Es cierto, claro, que ya no alimentamos con gente a los leones ni dejamos que los gladiadores luchen hasta morir, no. Somos más sofisticados: «Lo hacemos en el mundo de la llamada realidad virtual».⁸

¿Has pensado que solo basta con ver un programa o película de mensaje nocivo, violento, para neutralizar la influencia de una semana de oración, un mensaje predicado, un llamado al arrepentimiento? ¿Exagerado? Pues fíjate que no. Lee qué dice E. G. White al respecto: «Un mal rasgo de carácter, un deseo pecaminoso acariciado, con el tiempo neutralizan todo el poder del evangelio [...]. Los rigores del deber y los placeres del pecado son las cuerdas con las que Satanás ata a los hombres en sus trampas».⁹ Recuerda que el pecado de David no comenzó con una acción concreta, sino con solo mirar, fantasear y codiciar algo. De ahí la importancia de escuchar el siguiente consejo:

Satanás está preparando constantemente seducciones que distraigan las mentes de la obra solemne de preparación para las escenas que están a punto de sobrevenir. Por medio de los agentes humanos mantiene una excitación continua para inducir a los incautos a participar en los placeres mundanales. Hay espectáculos, conferencias y una variedad infinita de entretenimientos calculados para introducirlos a amar al mundo; y esta unión con el mundo debilita la fe.¹⁰

Tal vez, por eso muchos niños de la iglesia hoy prefieren pasar horas jugando Wii, PlayStation o Xbox, que leer o escuchar una porción de la Palabra de Dios. Es posible que eso explica por qué en muchos templos los servicios durante la semana tienen escasa asistencia, pero sin duda, en más de un hogar cristiano a la misma hora hay un televisor encendido alimentando la vida de los creyentes.

¿Vas a ver una película?

1. ¿Alimenta la película conductas negativas o rebeldes?
2. ¿Tiene la película excesiva violencia, desnudez, temas satánicos, lenguaje soez u otros elementos potencialmente negativos?
3. ¿Representa al cristianismo de mala manera?
4. Si la película tiene algunos elementos mencionados arriba, ¿valdrá la pena verla?

La manera como alimentamos la mente influirá significativamente en nuestra conducta. Tarde o temprano, vamos a reproducir aquello que vemos, oímos o palpamos. Por lo tanto, es necesario darle la importancia que corresponde.

Referencias

- ¹Joan Ferrés, *Educación en una cultura del espectáculo*, Barcelona, Editorial Paidós, 2000, p. 72.
- ²Daniel Reynaud, «Cómo elegir lo que miramos en la pantalla» en la revista *Diálogo Universitario*, volumen 14, número 3, 2002 p. 16.
- ³Richard Winter, *Still bored in a culture of entertainment*, Downers Grove, Illinois, InterVarsity, 2002, p. 36.
- ⁴E. G. White, *Mente, Carácter y Personalidad*, t. 2, Colombia, Asociación Publicadora Interamericana-Gema Editores, 2007, p. 64.
- ⁵Arnold M. Washton, Donna Boundy, *Querer no es poder*, Barcelona, Editorial Paidós, 2009, p. 22.
- ⁶Cesare Guerreschi, *Las Nuevas adiciones*, México, Editorial Lumen, 2007, p. 30.
- ⁷Michela Marzano, *La muerte como espectáculo*, México, Tusquets Editores México, 2010, p. 89.
- ⁸George R. Knight, *Por la ruta de Romanos*, México, Agencia de Publicaciones México Central, 2003 p. 42.
- ⁹White, *Maranata: el Señor viene*, Estados Unidos, Pacific Press Publishing Association, 2008, p. 85.
- ¹⁰White, *Mensajes para los jóvenes*, Colombia, Asociación Publicadora Interamericana-Gema Editores, 2008, p. 265.



Cuando se quiere pero no se puede

ALFONSO PERTENECE a una de las iglesias adventistas más grandes de la ciudad. Su fiel servicio y oportuno liderazgo han sido reconocidos por la congregación nombrándolo como primer anciano de la iglesia. Tanto él como su familia se sienten muy felices.

En su trabajo, sin embargo, el ambiente es un tanto difícil, en especial en lo que tiene que ver con la relación con el sexo opuesto. Alfonso parece muy atractivo para varias damas: hombre maduro, bien vestido, responsable, hacendoso y con un sueldo aceptable. De pronto, una compañera de su trabajo comienza a asediarlo. La chica es sumamente atractiva y él la rehúye cada vez que se presenta. Sin embargo, la insistencia de la mujer comienza a crear grietas en la conciencia moral de Alfonso. Además, su orgullo varonil se eleva significativamente. Entonces, termina por claudicar ante la seducción de la dama.

A los pocos días, la chica se le acerca para dialogar con él en su lugar de trabajo:

—Hola, Alfonso.

—Hola, ¿cómo estás?

—Supongo que la pasaste muy bien junto a mí, ¿no es así?

—Sí, por supuesto —responde el caballero.

—Pues me alegro mucho, porque eso no ha sido gratuito para ti. Necesito mucho dinero y tú me lo vas a dar. Si no lo haces, voy a decirle a tu esposa lo que ha pasado, además, me presentaré en la iglesia donde tú vas para contarles la clase de persona que eres.

Alfonso se queda helado. No puede creer lo que está oyendo. De pronto, su atractivo liderazgo espiritual se derrumba estrepitosamente. Además, ¿qué pasará con su familia? ¿Cómo quedará su situación en la iglesia? Presa de una fuerte presión, se acerca al pastor de la iglesia para contarle su situación. Ambos tratan de buscar la mejor manera de recibir el perdón de Dios, salvaguardar el matrimonio de Alfonso y enfrentar las amenazas de su compañera de trabajo.

Dicen que desde que las relaciones sexuales se tornaron algo sencillo el amor se volvió difícil de alcanzar. Pero una aventura sexual no se produce de la noche a la mañana. No obstante, Jesús da una importante clave en cuanto a cómo se desarrollan estas pasiones en la mente: «Ustedes han oído que se dijo: "No cometas adulterio". Pero yo les digo que cualquiera que mira a una mujer y la codicia ya ha cometido adulterio con ella en el corazón» (Mateo 5: 27). Sí, es cierto, todo nace en la mente. De ahí la importancia de lo que afirma C. W. Ruth: «Los pensamientos del mal que son sugeridos de afuera, no pue-

den impedirse en tanto que el mal nos rodea; lo que es más, nos vemos obligados a pensar sobre el mal antes de poder remediarlo; pero los malos pensamientos que se originan de adentro son el producto y la evidencia de un mal corazón».

Derrotado por la pasión

Los grandes hombres de la Biblia no están exentos de caer en las garras de la pasión sexual y si ellos no lo estuvieron, nosotros tampoco gozamos de esa virtud. Este es el caso del rey David, alguna vez conocido como un hombre «conforme al corazón de Dios». Leamos con atención:

Una tarde, al levantarse David de la cama, comenzó a pasearse por la azotea del palacio, y desde allí vio a una mujer que se estaba bañando. La mujer era sumamente hermosa, por lo que David mandó que averiguaran quién era, y le informaron: «Se trata de Betsabé, que es hija de Elián y esposa de Urías el hitita». Entonces David ordenó que la llevaran a su presencia, y cuando Betsabé llegó, él se acostó con ella. Después de eso, ella volvió a su casa. Hacía poco que Betsabé se había purificado de su menstruación, así que quedó embarazada y se lo hizo saber a David (2 Samuel 11: 2-5).

Al principio, todo pecado tiene la apariencia inocente y atractiva: David un rey misericordioso y temeroso de Dios, pero también un hombre insatisfecho; Betsabé, una mujer con serios problemas emocionales y un matrimonio frustrante, necesitada de

orientación. El consejero y la aconsejada, el pastor y la oveja, la víctima y el héroe. ¿Le resulta familiar este cuadro? ¡Nadie puede pensar mal! Pero es esa ingenuidad la que hace que el pecado sea tan destructivo.

El caso de David permite distinguir una serie de pasos progresivos que suceden en la vida de un cristiano antes de sucumbir a un desliz de carácter sexual. Esto es particularmente aplicable a las personas casadas.

1. Descuido de la relación con Dios. Esto significa que nuestra vida ha perdido de vista el verdadero propósito al cual fuimos llamados por Cristo. Esto sucedió con el rey David. Los primeros síntomas son:

- a. Escasa práctica de la oración.
- b. Falta de estudio de la Palabra de Dios.
- c. Poca participación en la iglesia y sus actividades.

2. Atracción inocente por alguien que no es su cónyuge. La mala relación con Dios produce insatisfacción personal. Eso repercute directamente en el matrimonio. El individuo es vulnerable a la tentación y empieza a sentir cierta admiración por la belleza ajena.

3. Curiosidad inoportuna. Se trata de explorar una relación fuera del matrimonio y llegar hasta los límites de lo prohibido. El problema es que en cualquier momento se puede dar el paso que nos conduzca a la ruina.

4. Se fabrica una fantasía. El individuo usa la imaginación para construir una realidad que no existe,

pero que al mismo tiempo alivia el dolor de la soledad o la incomprensión que padece (por ejemplo, en su matrimonio). Estas fantasías no respetan los valores morales; la persona empieza a cavilar las diferentes formas en las que le gustaría pecar:

- a. Sueña con una mujer o un hombre que no es su pareja.
- b. Despierta sus bajas pasiones en sus múltiples romances con personas que admira o por las que siente atracción.
- c. Empieza a comparar a su cónyuge con la persona con la que fantasea.
- d. Las fantasías son más que sueños inofensivos; su mayor peligro radica en la posibilidad de que la fantasía
 - se convierta en realidad,
 - se torne muy consumidora,
 - influya a la persona a ser menos capaz de enfrentar la realidad.

5. Aparecen actitudes obsesivas. El individuo empieza a sentir una atracción hipnótica hacia lo prohibido. El problema de la lujuria es que devora paulatinamente a su presa. La persona ya no puede controlar sus deseos lujuriosos, al mismo tiempo, exige un apetito cada vez mayor; los que se dejan atrapar en esta red entran en una espiral interminable.

Hace tiempo escuché una estremecedora historia sobre cómo matar a un lobo en la nieve. Primero, el esquimal moja su cuchillo en la sangre de un animal muerto, luego lo pone a la intemperie para que se congele y le agrega otra capa de sangre. Entonces, lo

expone a la intemperie para que se congele nuevamente hasta que el cuchillo queda completamente cubierto de sangre solidificada. El cazador sujeta el cuchillo en el suelo con la hoja hacia arriba. Con un olfato sensible, el lobo descubre de dónde viene el succulento olor y empieza a lamer la sangre. Así, empieza a lamer con más vigor, hasta llegar a la hoja afilada. Pero el lobo sigue lamiendo cada vez más la navaja del cuchillo en la noche ártica; tan intenso es su apetito por la sangre que no nota las heridas en su lengua ni reconoce que la sangre que se está derramando es la suya propia, simplemente pide más y más hasta que la aurora lo encuentra muerto en la nieve.

6. Surge la aventura. En este caso se empieza a experimentar lo prohibido de una manera insistente: citas frecuentes a escondidas, mentiras, evasivas y cierta indiferencia.

7. Finalmente se consume el pecado. Es cuando el pecado sale a la luz con sus terribles consecuencias, dañando a muchas personas de la comunidad y de la iglesia.

¡Descuidos inocentes!

El rey David también tomó algunas decisiones erróneas que crearon el ambiente propicio para su caída. En realidad, él fue tejiendo su propia telaraña para luego quedar atrapado. Pero primero mostró interés por asuntos prohibidos (2 Samuel 11: 3), luego alojó el pecado en su propio hogar (versículo 4), y finalmente consumó el pecado.

Pedro asistió a una reunión de la iglesia en una lejana localidad y se hospedó en un hotel. Después del evento se fue a descansar y decidió ver un poco de televisión. Empezó a observar los canales por cable que el hotel ofrecía, pero se detuvo en un canal donde pasaban películas pornográficas. El corazón de Pedro empezó a latir con fuerza. Una parte de él decía: «¡Quédate por un momentito más!». Es decir, razónalo, investiga, toma tu tiempo de reflexionar y preguntar. ¡Esto se va a poner bueno! Pedro se enfrentó a una decisión que solo él podía resolver en cuestión de segundos, así que resolvió no acercarse más al pecado ni acariciarlo. Apagó el televisor y salió a caminar. Poco a poco empezó a tomar consciencia de lo que había sucedido. Si tienes una debilidad en tu vida (comida, música estridente, programas vulgares de televisión, pornografía), ¡huye! No te hagas el valiente, no la enfrentes, no te acerques demasiado a la tentación, de lo contrario te pasará lo que a David.

Hace varios años ocurrió una terrible tragedia en Ciudad Juárez, México, donde serví como pastor. Un menor de edad, junto con sus cómplices, decidió matar a sus padres y a su hermana menor.

Lamentablemente llevó a cabo su macabro plan. Cuando fue capturado por la policía, declaró que el plan de matar a sus padres y a su hermana, lo caviló durante meses hasta que finalmente lo concretó. Así sucede cuando deseamos el pecado y empezamos a albergar nefastos deseos en nuestro corazón; solo es cuestión de tiempo para que la acción se concrete.

El problema es que la sociedad, y a veces la propia iglesia, únicamente condena el acto, pero le resulta difícil emitir un juicio contra los deseos, pues nadie es capaz de conocer los secretos del corazón. Pero el cristiano sincero debe recordar que hay un Dios que todo lo ve y todo lo percibe, y él juzga las intenciones del corazón. El gran problema es que cuando el pecado se arraiga en nuestro corazón nos ciega completamente. No somos capaces de ver y entender la gravedad de nuestro problema. Justificamos nuestra conducta, pensamos que estamos bien. Continuamos sumergidos en nuestra propia corrupción. Incluso llegamos a pensar que Dios lo aprueba.

Solo Dios nos puede dar la fuerza de huir de las debilidades y refugiarnos en Cristo. «Ya que han recusitado con Cristo, busquen las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios. Concentren su atención en las cosas de arriba, no en las de la tierra, pues ustedes han muerto y su vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, que es la vida de ustedes, se manifieste, entonces también ustedes serán manifestados con él en gloria» (Colosenses 3: 1-4).

¿Por qué sucumbimos ante la tentación?

Cada problema puede derivarse por diferentes causas, pues cada situación es única y compleja. Además, debemos reconocer que en algunos casos se necesita ayuda especializada para resolver ciertas situaciones. Sin embargo, existe un peligro que muchos hogares cristianos enfrentan: el alejamiento de Dios. Poco a poco el vínculo con el Padre celestial se torna muy

superficial. Aun cuando nuestra vida gire en torno a la iglesia, eso no es garantía de que alguien tenga una estrecha relación con Dios; el resultado es notorio.

En el libro de Deuteronomio 30: 15-18, se nos describe el proceso de este distanciamiento de Dios y de la familia. Leamos:

Hoy te doy a elegir entre la vida y la muerte, entre el bien y el mal. Hoy te ordeno que ames al Señor tu Dios, que andes en sus caminos, y que cumplas sus mandamientos, preceptos y leyes. Así vivirás y te multiplicarás, y el Señor tu Dios te bendecirá en la tierra de la que vas a tomar posesión. Pero si tu corazón se rebela y no obedeces, sino que te desvías para adorar y servir a otros dioses, te advierto hoy que serás destruido sin remedio. No vivirás mucho tiempo en el territorio que vas a poseer luego de cruzar el Jordán (Deuteronomio 30: 15-18).

Estos versículos bosquejan una clara advertencia de que nuestra relación con Dios puede comenzar con mucha firmeza pero puede terminar en una trágica separación, pues los versículos nos mencionan por lo menos cuatro puntos importantes para fortalecer nuestra vida espiritual:

- Ama al Señor, tu Dios, con todo tu corazón.
- Cuídate de no distraerte con estímulos que aparten tu atención de Dios.
- Si empiezas a distraerte, tarde o temprano te apartarás de Dios.
- Si te apartas del Señor, por algún tiempo, empezarás a adorar otros dioses. Es decir, buscarás

algo o alguien que llene el vacío de tu vida que solo él puede llenar.

Esto explica cómo es que muchas veces un cristiano puede estar en su primer amor y ser capaz de conquistar el mundo para Cristo, pero un año más tarde puede estar más frío que un témpano de hielo y llevar a cabo aberraciones inimaginables.

Evita caer como David

1. Reconoce tus debilidades (Salmos 51: 3, 4).
2. Cuida tu tiempo libre (1 Samuel 11: 1-2).
3. Obligate a rendirle cuentas a alguien (Santiago 5: 16).
4. Examina con frecuencia las consecuencias de tus actos (Salmos 26: 2).

Cuando no basta con querer

¿Acaso lo cristianos estamos destinados a sucumbir irremediabilmente en el pecado? Resulta claro que no basta con la fuerza de voluntad para dejar un mal hábito, pero entonces, ¿qué podemos hacer? Pareciera como si Dios nos hubiera tendido una trampa y estuviéramos en un callejón sin salida. Por supuesto que no es así. En la Biblia hay un versículo sumamente consolador al respecto: «Dios es quien produce en ustedes tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad» (Filipenses 2: 13). ¡Gloria al Señor! Cuando nuestros esfuerzos no son suficientes, él es quien nos da la facultad de superar nuestras deficiencias. Por lo tanto, nuestra relación diaria con Dios es de suprema importancia. Es un asunto de vida o muerte.

A fin de prevenir tragedias en nuestra vida espiritual, recordemos que estamos en medio de un conflicto cósmico de consecuencias eternas, y nuestras familias están en medio de esta feroz batalla. Nuestra lucha diaria es estar cada día con Cristo. E. G. de White lo describió de esta manera: «La lucha contra nosotros mismos es la batalla más grande que jamás se haya reñido. Rendir el yo, entregando todo a la voluntad de Dios, requiere una lucha».¹ Pero no estamos solos en esta lucha. El Padre celestial no abandona a sus hijos.

Ya sea que seas soltero o casado, es necesario fortalecer tu relación con Dios. Las tentaciones no respetan el estado civil de los seres humanos. Los solteros han de buscar un sólido vínculo con el cielo. Los casados, además del apoyo divino, han de contar con la asistencia de sus cónyuges. En la medida que los esposos mejoren su relación con Dios, la unidad entre ellos será más estrecha y más sólida ante cualquier problema y tentación que enfrente cualquiera de los dos. Hay que convertir el hogar en un refugio para enfrentar las adversidades:

Dios quiere que el hogar sea el lugar más feliz de la tierra, el símbolo mismo del hogar celestial. Mientras llevan las responsabilidades matrimoniales en el hogar y vinculan sus intereses con Jesucristo, apoyándose en su brazo y en la seguridad de sus promesas, ambos esposos pueden compartir en esta unión una felicidad que los ángeles de Dios elogian.²

Al contemplar a Jesús, reconozcamos diariamente nuestras debilidades e impotencias y supliquemos

su auxilio. Si lo hacemos, estaremos prevenidos ante cualquier ataque satánico. Es muy importante no caer en excesos de confianza. No importa si eres una persona de edad madura, si tienes muchos años de experiencia dentro de la iglesia o si has acumulado importantes logros en el liderazgo eclesiástico. Nadie puede estar seguro si no reconoce sus debilidades. Busca en Cristo tu mayor refugio, ya que al rey David le llevó toda una vida consagrarse al servicio de Dios y solo bastó un leve descuido para su caída.

Referencias

¹ E. G. White, *El camino a Cristo*, Madrid, Editorial Safeliz, 2011, p. 46.

² White, *Testimonios acerca de la conducta sexual, adulterio y divorcio*, Buenos Aires, Asociación Casa Editora Sudamericana, 2010, p. 16.



El pecado deja cicatrices

JORGE ERA UN DINÁMICO JOVEN cristiano y fervoroso predicador del evangelio. Su pequeña congregación, enclavada en un pueblo distante, disfrutaba de su ameno liderazgo y sólido alimento espiritual. Pero un día llegó el momento de partir a la ciudad para continuar sus estudios profesionales, así que Jorge se despidió temporalmente de sus amados hermanos en la fe y se matriculó en la universidad pública del estado.

La vida estudiantil resultó todo un desafío para Jorge, especialmente por los bajos valores morales de sus compañeros. El chico luchaba contra las numerosas tentaciones que se presentaban en forma de alcohol, tabaco y fornicación. Sus compañeros no paraban de invitarlo a los antros de la metrópoli, presionándolo de diversas maneras. Un día aceptó y salió con ellos. Esa noche sus amigos lo llevaron con las prostitutas. A partir de ese día su vida espiritual se hizo pedazos. Durante un tiempo siguió asistiendo a la iglesia, pero ya no volvió a ser el mismo. No

obstante, siguió practicando ese estilo de vida durante un buen tiempo.

Años después, ya convertido en un profesional con experiencia y ganando un decoroso sueldo, Jorge comenzó a sentirse mal de salud. El médico le indicó que se practicara unos estudios de laboratorio para saber qué tenía. La noticia fue brutal: estaba infectado con el virus del sida. ¡No lo podía creer! Finalmente, su vida de pecado durante sus años estudiantiles le estaba pasando la factura. Jorge corrió a la iglesia y suplicó el perdón de Dios. Pasó varios días reflexionando qué haría con su vida. Entonces, decidió que lo que quedara de existencia lo dedicaría a servir al Señor y a su iglesia. Fue así como renunció a su trabajo y dedicó su tiempo, dinero y esfuerzo a apoyar y orientar a un buen número de niños y jóvenes cristianos en sus estudios académicos. Su labor fue verdaderamente admirable. Luchó para prevenir que otros cayeran en lo que él había fallado.

Jorge murió años después. Había puesto su confianza en Dios y descansó seguro de levantarse la mañana de la resurrección. Muy pocos supieron las verdaderas razones de su muerte. Simplemente lo conocieron como un hombre de Dios, lleno de bondad hacia los más pequeños y deseoso de compartir con otros cuanto tenía.

Un precio muy elevado

A veces quisiéramos que todas las historias de perdón y arrepentimiento tuvieran un final feliz, ¿no es así? En realidad, así será, pero no en esta vida, sino

en la venidera. Pero el pecado acarrea consecuencias que tarde o temprano hemos de enfrentar, y claro, no resultan nada agradables. En casos extremos, como el de Jorge, el costo puede ser la vida misma.

El rey David tuvo que pagar un precio muy elevado por su aventura con Betsabé. E. G. White lo dice así: «Aunque David se arrepintió de su pecado, y fue perdonado y aceptado por el Señor, cosechó la funesta mies de la siembra que él mismo había sembrado. Los juicios que cayeron sobre él y sobre su casa atestiguan cuanto aborrece Dios al pecado».¹

Tomás Kempis dijo: «La tentación descubre lo que somos». Nunca hay que menospreciar al pecado: «Complacerse en el pecado, por pequeño que se lo considere, es correr el riesgo de una pérdida infinita. Lo que no vencemos nos vencerá a nosotros y nos destruirá».² Todo pecado por pequeño o grande que sea, trae nefastas y terribles consecuencias.

Cuando el pecado es acariciado al principio produce placer. La conciencia se niega a reconocer la nefasta realidad y construye una fantasía que le produce deleite y placer. Todo eso fisura cualquier vínculo espiritual con Dios y puede llegar a destruirlo completamente.

¿Pero por qué tenemos que cosechar el pecado que sembramos a pesar de que ya nos hemos arrepentido ante Dios? David Hormachea lo explica de la siguiente manera: «El hecho de que Dios sea misericordioso y actúe con amor, no significa que pasará por alto su disciplina. Por supuesto que resulta mucho más fácil continuar pecando cuando no vemos consecuencias inmediatas. Cada vez que no nos descubren,

es mucho más fácil repetir la mala acción y mientras no seamos descubiertos, tendemos a perpetuar nuestros pecados y errores».³

La Biblia dice que la paga del pecado es la muerte (Romanos 6: 23). Es decir, tarde o temprano las cosas terminarán mal para los que insisten en vivir gobernados por el pecado. Pero el perpetuar estos errores solo hace que la caída sea más trágica y violenta. ¿Existen consecuencias terribles y de repercusiones eternas al tomar decisiones equivocadas? Veamos algunas de esas consecuencias en la vida del rey David:

Consecuencia 1: Angustia mental

David escondió su pecado durante un año entero. Vivió como si nada sucediera, en una «seguridad aparente». Por si fuera poco, creyó que «no había evidencia externa del desagrado de Dios».⁴ En el Salmo 32, el monarca revela su angustia mental y la profunda tristeza que lo dominaba.

*Dichoso aquel a quien se le perdonan sus transgresiones,
a quien se le borran sus pecados.*

*Dichoso aquel a quien el Señor no toma
en cuenta su maldad*

y en cuyo espíritu no hay engaño.

*Mientras guardé silencio,
mis huesos se fueron consumiendo
por mi gemir de todo el día.*

*Mi fuerza se fue debilitando como al calor del verano,
porque día y noche tu mano pesaba sobre mí.*

Pero te confesé mi pecado, y no te oculté mi maldad.

*Me dije: «Voy a confesar mis transgresiones al Señor»,
y tú perdonaste mi maldad y mi pecado (Salmos 32: 1-5).*

Se debilitó físicamente, perdió su alegría y ganas de alabar a su amado Dios. Con todo, el Señor le dio a David mucho tiempo para que arreglara las cosas, pero él persistió en esconder su pecado.

Como último recurso, Dios envió a Natán, no con un mensaje de bendición como en el capítulo 7 de 2 Samuel, sino con un mensaje de amonestación. El profeta Natán le dijo sin titubeos: «¡Tú eres aquel hombre!» (2 Samuel 12: 7).

Consecuencia 2: Embarazo inesperado

David no podía darse el lujo de que su pecado fuera público. «Nadie podía prever cuál sería el resultado si se llega a descubrir el crimen. La ley de Dios declaraba al adúltero culpable de la pena de muerte, y el soldado de espíritu orgulloso, tan vergonzosamente agraviado, podría vengarse quitándole la vida al rey, o incitando a la nación a la revuelta».⁵

Por si fuera poco, él era el líder espiritual del pueblo de Israel. Así que pensó que lo que había sucedido con Betsabé iba a ser una simple aventura amorosa, un romance pasajero. Nadie tenía por qué enterarse. Pero nunca se imaginó que Betsabé iba a quedar embarazada, y eso no se puede ocultar. A partir de ese momento, la Biblia describe al siervo de Dios maquinando planes cada vez más macabros para ocultar su pecado, sin importar a quién tenga que aplastar con tal de obtener sus propósitos. ¿Te suena familiar esta actitud? Pues en la iglesia a veces suceden casos semejantes, claro, guardando las debidas proporciones: una pareja de jóvenes decide casarse con cierta urgencia porque la chica está embarazada.

Le comunican a sus padres la situación. Entonces, se inicia una cadena de engaños, que llegan a rayar en lo grotesco, donde familiares y amigos se confabulan para que nadie se entere de la verdad. Se trata de aparentar que todo está bien a costa de lo que sea. Todo pecado acariciado y ocultado tarde o temprano saldrá a la luz y tendrá terribles consecuencias.

Consecuencia 3: Asesinato cobarde

Urías pertenecía a una de las pequeñas comunidades hititas que aún quedaban en Siria e Israel. También se le incluye en la lista de los treinta y siete valientes (2 Samuel 23: 39) de David, lo que hace más espantosa su infamia (2 Samuel 11: 3). En realidad, era uno de los oficiales más valientes y fieles de David.⁶

Tratar de ocultar un pecado astutamente motiva a cometer mayores faltas. ¡Quién se podría imaginar que ese pensamiento de codicia acariciado por el rey David esa mañana terminaría de esta manera! Cuando se dio cuenta de que sus planes para ocultar su pecado no habían funcionado, no dudó en dar el siguiente paso: deshacerse de Urías, aunque fuera uno de sus mejores hombres.

En ciertas congregaciones se cree que encubriendo el pecado de algunos miembros se actúa de manera «misericordiosa» hacia ellos. Es verdad que en algunos casos la forma en la que uno que otro pastor o anciano de iglesia aplica las sanciones eclesásticas deja mucho que desear. No obstante, ese tipo de «actitud misericordiosa» o «gracia barata» complica más las cosas y puede conducir a otros pecados que al final llevan a la destrucción y a la ruina espiritual

de la iglesia. Además, establece un criterio eclesástico y abre la puerta para que otros lo hagan y sigan justificando su pecado.

Consecuencia 4: Más víctimas inocentes

Una señorita de unos dieciséis años que simpatizaba con la iglesia fue a mi casa una noche para pedirme consejo. Meses antes, había ido a divertirse con sus amigos de la escuela a una discoteca y luego, en la intensidad de la noche, se había embriagado y consumido drogas. La consecuencia fue que meses más tarde se enteró que había quedado embarazada. Ella quería saber cómo deshacerse del problema. ¿Podría abortar? ¿Sería una solución efectiva y rápida? Ni siquiera se daba cuenta de la magnitud de las consecuencias a las que sus errores la habían conducido.

El rey David recibió la noticia de que el hijo engendrado con Betsabé iba a morir (2 Samuel 12: 14). Una víctima inocente de los errores de otros. Aunque haya arrepentimiento y perdón, las consecuencias del pecado permanecen y dañan. Dios perdonó el pecado de David: «No obstante, la justicia debía mantenerse. La sentencia de muerte fue transferida de David al hijo de su pecado [...] mientras que el sufrimiento y la muerte del niño, como parte de su castigo, le resultaban más amargos de lo que hubiera sido su propia muerte».⁷ Esa es la parte de la historia que muchas veces ignoramos o no queremos ver, sobre todo cuando estás a punto de caer en pecado. Esta es la parte de la historia que tanto en las películas como en las telenovelas se minimiza: el daño a víctimas inocentes. Las víctimas pueden ser cónyuges,

hijos, padres, entre otros, que inevitablemente sufrirán por las malas decisiones de otros.

Consecuencia 5: La onda expansiva del pecado

El pecado es como una bomba expansiva que causa destrozos a varios metros de donde ocurre la explosión. Así sucedió en el caso de David. Dios le advirtió: «Yo haré que el desastre que mereces surja de tu propia familia, y ante tus propios ojos tomaré a tus mujeres y se las daré a otro, el cual se acostará con ellas en pleno día. Lo que tú hiciste a escondidas, yo lo haré a plena luz, a la vista de todo Israel» (2 Samuel 12: 11-12).

Cuando el profeta Natán le relató a David la parábola (2 Samuel 12: 1-4) del hombre pobre al cual se le había quitado la única oveja que tenía para beneficiar al hombre rico, la Biblia dice que «se encendió la ira de David en gran manera contra aquel hombre, y dijo a Natán: "Vive el Señor, que ciertamente el hombre que hizo esto merece morir; y debe pagar cuatro veces por la cordera, porque hizo esto y no tuvo compasión"» (2 Samuel 12: 5-6). ¡Qué gran paradoja! David había hecho lo mismo, pero él era muy severo con el hombre rico que tuvo una actitud semejante a lo hecho por él mismo. ¿No te suena familiar? A veces nos jactamos de nuestro celo por la iglesia, de sus normas y tenemos miedo de que tradiciones paganas entren a la iglesia o que la mundanidad y el pecado prevalezca en los jóvenes y, ¡cuántas veces nosotros vivimos una vida totalmente opuesta a los principios cristianos de los cuales decimos ser muy celosos! ¡Cuántas veces queremos que nuestros

hijos no hagan lo que nosotros sí hicimos! ¡Aun en nuestra propia vida y en nuestro hogar vivimos una vida muy diferente a la piedad que predicamos dentro de la iglesia! «Por eso no tienes disculpa, tú que juzgas a otros, no importa quién seas. Al juzgar a otros te condenas a ti mismo, pues haces precisamente lo mismo que hacen ellos» (Romanos 2: 1).

Fatales consecuencias

Al escuchar el relato del profeta Natán, el rey David profirió su propia sentencia: el culpable debía pagar cuatro veces (2 Samuel 12: 6). De esta manera, «David había dictado inconscientemente contra sí mismo una severa sentencia, al oír la parábola del profeta Natán; y debía ser juzgado en conformidad con su propia sentencia. Iban a caer cuatro de sus hijos, y la pérdida de cada uno de ellos sería el resultado del pecado del padre».⁸ Esos hijos fueron Absalón, Amón, Tamar y Adonías. Es triste decirlo, pero el pecado afecta a nuestros seres queridos y a nuestras generaciones futuras. Este es otro aspecto que debemos tomar en cuenta antes de hacer una elección fatal. Cuando Natán advirtió: «Yo haré que el desastre que mereces surja de tu propia familia» (2 Samuel 12: 11), David no imaginó que sus propios hijos vivirían macabras tragedias que le provocarían gran angustia durante el tiempo que le quedara de vida, y lo peor de todo es que él no tendría la autoridad moral para desaprobárselas. De hecho, ni siquiera supo cómo proceder cuando se fueron presentando. Sus respuestas fueron tardías, ineficaces e incompetentes. Analicemos algunas de ellas:

1. La violación de su hija Tamar de parte de su hermano Amón, el primogénito de David (2 Samuel 13).

Cuando Amón cometió el brutal abuso, «David dejó pasar desapercibido el crimen [...] sin castigarlo ni reprenderlo».⁹ Perdonó a su hijo Amón y solapó su terrible pecado. ¡Cuántos errores cometemos los padres! David no aplicó ningún tipo de disciplina. Este tipo de amor permisivo solo destruye y echa a perder a los hijos. David falló como padre y su pecado con Betsabé le arrebató la autoridad moral.

2. La venganza de Absalón al matar a su hermano Amón (2 Samuel 13: 22-29).

David tomó una actitud pasiva hacia Absalón, su hijo predilecto, luego que este asesinara a Amnón. Pero esto solo complicó las cosas, porque lejos de hacerle un bien a su hijo, preparó la plataforma para la mayor rebelión que alguna vez había enfrentado. Su propio hijo se convertiría en su peor enemigo.

3. Absalón avergüenza a su padre en público (2 Samuel 16: 21-23).

El sedicioso muchacho tuvo relaciones sexuales con las concubinas de su padre a la vista del pueblo. Lo avergonzó en público. Fue una señal de abierta rebeldía y un mensaje directo para usurpar el trono de David.

4. Abierta rebelión de Absalón (2 Samuel 15). Cuánto dolor debe haber tenido el corazón de David al saber que su propio hijo era su peor enemigo. Nuevamente David tuvo que experimentar en carne propia cuán terribles son las consecuencias del pecado.

5. La traición de Ajitofel, el consejero más capaz e influyente del rey David.

Se trataba de uno de los principales consejeros del gobierno de David, cuya influencia era enorme. La Biblia dice: «En aquella época, recibir el consejo de Ajitofel era como oír la palabra misma de Dios, y esto era así tanto para David como para Absalón» (2 Samuel 16: 23). Una vez más afloró el pecado de David, ya que la deserción de una de las mentes más brillantes de su equipo «fue motivada por un deseo de vengar el deshonor de familia entrañado en el agravio hecho a Betsabé, que era su nieta».¹⁰

6. La rebeldía de Adonías (1 Reyes 1). Por si fuera poco, Adonías no era ningún dechado de virtudes, más bien, era un hombre obstinado y desobediente debido a la indulgencia con la que había sido criado. «Cuando era niño, se había permitido que este aspirante al trono hiciera su propia voluntad, y ahora no se podía reprimir».¹¹

7. La herencia carnal que le dejó a Salomón y la debilidad por las mujeres (1 Reyes 11).

De alguna manera, su hijo heredó sus peores tendencias y sucumbió a sus mismos apetitos, pero de una manera descomunal. El mal ejemplo de su padre marcó la vida de Salomón.

8. La decadencia del pueblo de Israel y el sometimiento a los pueblos vecinos (1 Reyes 12). Los errores de los hijos de David y sus descendientes en el trono condujeron a la división del reino y a una

decadencia terrible, que arrastró a la destrucción, primero, de Samaria en el año 722 a. C., y luego de Jerusalén en el año 586 a. C.

Una sombra en cuanto al carácter de Dios

La actitud de David dio ocasión para que los enemigos de Israel imprecaran al Padre celestial (2 Samuel 12: 14). El mal testimonio y el oprobio que trajo el rey David sobre las demás ciudades vecinas acabó con el mensaje salvífico de Israel. El pecado del monarca representaba terriblemente el carácter de Dios y echaba oprobio a su nombre. «A través de las generaciones sucesivas, los incrédulos han señalado el carácter de David y la mancha negra que lleva, y han exclamado en son de triunfo y burla: "¡He aquí el hombre según el corazón de Dios!". Así se ha echado oprobio sobre la religión; Dios y su palabra han sido blasfemados».¹²

Palabras de advertencia

El papel de Joab, general de los ejércitos hebreos, resulta interesante. El militar no solo se enteró del pecado de David, sino que también participó del mismo (2 Samuel 11: 12-17). «Joab, ya manchado con la culpa de un asesinato perverso (es decir fue obstinado en la maldad), no vaciló en obedecer las instrucciones del rey».¹³ Joab tipifica a aquellas personas que actúan de la misma manera cuando ven que alguien comete un pecado e ignoran las advertencias y los principios bíblicos estipulados en el evangelio (S. Mateo 18), donde se nos indica cómo tratar al hermano caído que está en pecado y cómo restau-

rarlo. Pero la Biblia nunca sugiere que solapemos el pecado.

Esta clase de personas, ¿realmente son amigos o emisarios de Satanás? Un verdadero amigo cumple la orden de Jesús estipulada en la palabra de Dios:

Si tu hermano peca contra ti, ve a solas con él y hazle ver su falta. Si te hace caso, has ganado a tu hermano. Pero si no, lleva contigo a uno o dos más, para que «todo asunto se resuelva mediante el testimonio de dos o tres testigos». Si se niega a hacerles caso a ellos, díselo a la iglesia; y si incluso a la iglesia no le hace caso, trátalo como si fuera un incrédulo o un renegado. Les aseguro que todo lo que ustedes aten en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desaten en la tierra quedará desatado en el cielo. Además les digo que si dos de ustedes en la tierra se ponen de acuerdo sobre cualquier cosa que pidan, les será concedida por mi Padre que está en el cielo (S. Mateo 18: 15-19).

El deber de un amigo o hermano de la iglesia, cuando es testigo de un acto pecaminoso, es acercarse amablemente al hermano transgresor invitándolo a reconocer su error y recordándole que en Cristo tiene un Abogado para con el Padre, pero no participar con él de su pecado a través del silencio.

¿Cuántas personas asumen una actitud semejante a la de Joab? Pero no hay que olvidar que también Joab pagó las consecuencias de su pecado más tarde (véase 1 Reyes 2: 34). Él había asesinado cobardemente a Abner (2 Samuel 3: 27-30). En ese tiempo David

dejó en claro que no tenía parte en el crimen y anunció que a su debido tiempo el Señor daría «el pago al que mal hace, conforme a su maldad» (2 Samuel 3: 31-39). También Joab había asesinado a Amasa, a quien David acababa de nombrar para que ocupara su puesto como jefe del ejército hebreo (2 Samuel 19: 13; 20: 9, 10). La muerte de ambos debía ser vengada. Sin embargo, David estaba comprometido con Joab por el asunto de Urías. Ambos habían sido parte de la confabulación y ninguno tenía el valor moral de exigir justicia. Ahora, además de que David había perdido la autoridad moral se había vuelto vulnerable. Es decir, cuando Joab se enteró del pecado íntimo de David, aprovechó esta situación para empezar a desafiar la autoridad del rey. Eso hacía que el monarca se molestara mucho, pero solo bastaba que el general le recordara el favor que le había hecho con relación a cierto soldado llamado Urías, para que el gobernante se apaciguase. El juego de Joab era muy astuto. David no podía enojarse con él ni reprenderlo. Más bien, tenía que solapar los abusos del oficial del ejército.

Durante varios años viví en Ciudad Juárez, México, en la frontera con El Paso, Estados Unidos. Algo que me molestaba era hacer una larga fila de vehículos para cruzar al lado estadounidense, sobre todo en tiempo de calor. Por lo general iba cada quince días para comprar los enseres domésticos y comestibles. Pero me daba coraje cuando un automovilista se adelanta a la fila para avanzar lo más que pudiera al puente de cobro. Al principio estaba seguro de que nadie lo dejaría pasar, sin embargo muchos automovilistas lo ha-

cían sin mayor empacho. Pero el carro que se acababa de acomodar abría el paso a otro automovilista que también buscaba adelantarse y que no quería hacer fila, y así sucesivamente hasta que se iba formando una fila interminable. El problema es que el automóvil que había cedido su lugar cortésmente la primera vez tardaba el doble de tiempo en cruzar la frontera.

Algo similar ocurrió entre David y Joab. El oficial hebreo le hizo un favor a David, pero a cambio perdió su autoridad moral y se volvió vulnerable no solo con Joab, sino con toda su familia.

Esa es la razón por la que un cristiano no puede hacer concesiones con sus propios valores a costa de su salud espiritual. A veces nos preguntamos: ¿Por qué las iglesias no crecen o no prosperan espiritualmente? ¿Por qué muchos planes no funcionan o parecen estancados? ¿Por qué? Pero muchas veces la causa es el anatema oculto dentro de la iglesia. Un anatema que tarde o temprano saldrá a la luz, a pesar del silencio algunos que se tornan en cómplices al solaparlo. Así sucedió en el caso del rey de Israel: «Con el transcurso del tiempo se fue conociendo el pecado de David para con Betsabé, y se despertó la sospecha de que el había planeado la muerte de Urías. Esto redundó en deshonor para el Señor».¹⁴

Dios nos ha dado libertad para vivir nuestras vidas. Podemos pecar si así lo decidimos. Ni siquiera Dios impedirá que, en algún momento, usemos nuestro libre albedrío para blasfemar su nombre o arruinar un futuro promisorio. Con todo y su omnipotencia, respeta nuestras decisiones, y cuando son equivocadas las deplora profundamente. Venturosamente, en

él podemos encontrar perdón cuando lo buscamos, pero las heridas y cicatrices del pecado serán parte de las consecuencias que tendremos que asumir. En eso Dios no tiene nada qué ver. Nosotros somos los responsables. Él nos dará fortaleza para enfrentar cualquier circunstancia, pero por lo menos hasta su venida en gloria y majestad, tendremos que hacer frente al fruto de nuestras torpezas.

Referencias

¹White, *Patriarcas y profetas*, México, Asociación Publicadora Interamericana-Gema Editores, 2011, p. 763.

²White, *El camino a Cristo*, Madrid, Editorial Safeliz, 2011, p. 35.

³David Hormachea, *Cartas al joven tentado*, p. 47.

⁴White, *Patriarcas y profetas*, op. cit., p. 35.

⁵Ibíd., p. 759.

⁶Ibíd.

⁷Ibíd., p. 762.

⁸Ibíd., p. 769.

⁹Ibíd.

¹⁰Ibíd., p. 775.

¹¹Francis D. Nichol (ed.), *Comentario Bíblico Adventista del Séptimo Día*, tomo 2, Buenos Aires, Asociación Casa Editora Sudamericana, 1993, p. 725.

¹²White, *Patriarcas y profetas*, op. cit., p. 763.

¹³Ibíd., p. 759.

¹⁴Ibíd., p. 761.



Atrapados en la cultura de la simulación

ROBERTO Y JULIA pertenecían a una dinámica congregación de un pintoresco poblado. Su relación amorosa era conocida y aceptada por el resto de los creyentes. Sin embargo, un día se oye el rumor de que Julia está embarazada. De inmediato se hacen silenciosos preparativos para celebrar una boda relámpago. Dado que los chicos pertenecen a dos familias de gran estima en la iglesia, los ancianos de la iglesia se reúnen con el pastor para comentarle su plan al respecto: el próximo sábado llevarían el caso ante la junta de iglesia para que los jóvenes fueran borrados del libro de la iglesia, sin embargo, a la siguiente semana los chicos serían bautizados de nuevo, para que el próximo fin de semana se pudiera celebrar la ceremonia matrimonial en el templo.

Al escucharlos, el pastor sonríe y les pregunta:

—¿De qué se trata todo esto caballeros?

—Bueno, es que estamos cumpliendo con los requerimientos de la iglesia —responde uno de los líderes.

—No —dice el ministro—. Lo único que hacen es una simulación. Eso generalmente no cumple los propósitos de la iglesia.

—¡Pero es necesario apoyar a los jóvenes! —argumenta otro anciano de iglesia.

—Por supuesto que lo haremos, pero no a costa de una simulación —insiste el pastor—. Es necesario que haya arrepentimiento genuino y contrición de espíritu. No hay por qué apresurar nada. No olviden que lo más importante es la salvación de los chicos y no que presenten una buena imagen a los demás.

No todo lo que la sociedad aprueba o censura puede ser agradable a los ojos de Dios. Lo cierto es que hoy vivimos atrapados en medio de una cultura de la simulación. Se trata de aparentar que todo está bien, que no pasa nada, que las cosas marchan correctamente. De alguna manera, la simulación es el triunfo del orgullo, que se empeña en eludir hábilmente al arrepentimiento. Este tipo de actitud cierra espacios a la influencia del Espíritu Santo en nuestra vida.

«Cuando Betsabé se enteró de que Urías, su esposo, había muerto, hizo duelo por él. Después del luto, David mandó que se la llevaran al palacio y la tomó por esposa. Con el tiempo, ella le dio un hijo. Sin embargo, lo que David había hecho le desagradó al Señor» (2 Samuel 11: 26-27).

David, el astuto monarca, acaba de realizar un gran acto de filantropía: ha rescatado a una pobre viuda de la miseria, del abandono y del desprestigio. Su corazón es tan grande que su bondad no conoce límites, ya que ha decidido redimir a la desventurada Betsabé, casándose con ella. Por supuesto, el rey se

ha encargado de que su antiguo esposo sea elevado a una figura de héroe nacional con homenajes póstumos por todas partes. Así, por todo Israel se reconoce que David tiene «un gran corazón».

No cabe duda que vivimos en un mundo de apariencias. Dicen por ahí que es más importante **parecer** que **ser**. Lamentablemente en ese parecer existe un anacronismo. Mario Vargas Llosa en su extraordinario libro *La civilización del espectáculo* logra definir de forma muy clara la vida de muchos profesos cristianos: «En la civilización del espectáculo el laicismo ha ganado terreno sobre las religiones, en apariencia. Y, entre los todavía creyentes, han aumentado los que solo lo son a ratos y de boca para afuera, de manera superficial y social, en tanto que en la mayor parte de sus vidas prescinden por entero de la religión».¹

Para muchos, vivir de las apariencias les funciona muy bien. Parecen grandes cristianos y eso les vale reconocimiento. Pero tarde o temprano se acaba el cuento, y entonces la situación se vuelve complicada. No obstante, es necesario recordar las palabras del Señor al profeta Samuel: «No te dejes impresionar por su apariencia ni por su estatura, pues yo lo he rechazado. La gente se fija en las apariencias, pero yo me fijo en el corazón» (1 Samuel 16: 7).

Mucha gente cree que para alcanzar el éxito requiere exclusivamente de buenas relaciones con los demás. Así, aparenta amistades, conocimiento y capacidad que, en realidad, no existen. Únicamente se concentra en lo que opinen los demás, especialmente, aquellos que toman las decisiones importantes. Razona más o menos de la siguiente manera: «La

opinión del hombre es lo que cuenta, no lo que piensa Dios, al hombre le toca usar sus razonamientos para determinar lo que es bueno o malo», por lo tanto, hay una fuerte tendencia a buscar la aprobación humana, antes que ser fiel a los principios morales.

Ideas como las anteriores se refuerzan cuando el éxito se vincula con números, resultados y estadísticas proclamadas a los cuatro vientos. Hay mucha gente dispuesta a participar en este juego. Este tipo de ladinos son expertos en manipular datos y ofrecer lo que los jefes desean oír: informes embusteros y triunfalistas. Total, si se trata de simular, entonces sigamos el juego. Lo que existe detrás de estos «supuestos triunfos» es nuestro deseo insaciable de buscar la aprobación humana. Es como si esos resultados midiesen nuestra valía personal. Incluso pueden ser el trampolín que tanto hemos buscado para escalar un cierto puesto importante dentro de nuestro trabajo, algunos lo logran, pero su vida se torna miserable. Cuando solo buscamos vivir bajo apariencias, vivimos una vida completamente vacía. Nada nos hace felices, porque en el fondo de nuestro corazón no existe integridad ni honestidad. Por lo tanto buscamos sobrevivir, luchamos por sostenernos, competimos y nos aferramos a los puestos de poder. Pero al final, tarde o temprano, nuestro juego se termina. La frustración, la amargura reinan en la última etapa de nuestra vida sin disfrutar las cosas que realmente fueron importantes pero que nunca las quisimos ver ni disfrutar.

¿Pero acaso Dios tiene un comportamiento semejante? ¿Podemos engañarlo a él también con actitu-

des mentirosas y discursos triunfalistas que simulan una realidad que no existe? De ninguna manera. El Señor ve más allá de todos los límites humanos, traspasa todas las barreras, conoce el corazón del ser humano, sus motivaciones, sus pensamientos. Más bien, Dios está interesado en nuestro carácter. Sabe que no es perfecto y envió a su Hijo a este mundo para redimirlo y restaurarlo. ¿Qué gana con participar en la cultura de la simulación cuando lo que requiere es el reconocimiento de los pecados de sus hijos para transformar sus vidas? La simulación esconde las verdaderas intenciones del corazón y destruye obra más importante del Espíritu Santo: la construcción de un carácter digno de morar en el reino de los cielos.

En el recuadro de la siguiente página se presenta una comparación entre el éxito aparente y el éxito legítimo. ¿En qué dirección estás tú? ¿Cuáles son tus motivaciones y tus deseos profundos? ¿Deseas honrar a Dios u honrarte a ti mismo?

El gran problema que tenemos hoy en día, es que muchos de los modelos de «éxito» que tanto admiramos son enfermizos. Son personas que han logrado tener éxito a toda costa, aunque muchas veces tengan que sacrificar la integridad, la vida espiritual, la familia o la salud. Lo más lamentable, es que colocamos en nuestra vida estos «modelos de éxito» como el ejemplo a seguir y nos olvidamos de las trágicas consecuencias que se obtienen al imitar su forma de vivir.

Sin duda Dios desea que alcancemos el éxito en la vida. Pero primero deberíamos definir la palabra éxito de acuerdo a los criterios de Dios.

Éxito Aparente	Éxito Legítimo
El enfoque: se proyecta hacia el aquí y el ahora, lo temporal.	El enfoque: se proyecta al más allá, a lo eterno.
La medida es cuantitativa se basa en números, resultados y estadísticas manipulables.	La medida es cualitativa es la construcción de un carácter cristiano genuino.
La meta es ganar la estima y la aprobación de los demás.	La meta es honrar a Dios y conservar el respeto propio.
El estímulo es la competencia.	El estímulo es la cooperación y el bien común.
La preocupación es cuidar la imagen y las apariencias.	La preocupación es cuidar la integridad y el carácter.
El énfasis: la acción, el alcance de objetivos.	El énfasis: es el ser, fomenta la honradez y la virtud de superarse.
La pregunta de criterio: ¿Qué es lo que más me conviene?	La pregunta de criterio: ¿Qué es lo correcto?
La pregunta de decisión: ¿Qué es lo que piensan de mí los demás?	La pregunta de decisión: ¿Qué es lo que piensa Dios de todo esto?
El precio: una conciencia deteriorada.	El precio: probablemente ignorado por los hombres, pero no por Dios.
El resultado: la fama y el reconocimiento humano.	El resultado: aprobado por Dios y premiado hasta la eternidad.

- Si tener **dinero** es lo que nos indica que tenemos éxito, entonces debemos saber cuánto dinero necesitaríamos para sobrevivir si falleciera nuestro único hijo.
- Si lo que buscamos es el **poder**, debemos saber cuántos ascensos precisaremos para ayudarnos a olvidar del dolor de las horas que no hemos pasado con la familia en casa.
- Si lo que buscamos en la vida es la **aprobación pública**, debemos calcular cuánta aprobación pública necesitamos para sanar las heridas del fracaso.

- ¿Cuántos relojes, iPhones, computadoras, automóviles, televisores de 42 pulgadas, cosas y más cosas nos faltan para tener éxito y ser felices?

Si sabemos esas cifras, ¿sabemos también la cifra más importante de todas: **la de las pocas cosas que se requieren para hacer a una persona realmente feliz y tener éxito?**

Si estableciéramos los criterios contemporáneos de éxito, es muy probable que Satanás aparecería como el modelo a seguir, dado su éxito en el alcance de sus metas, su influencia en la sociedad y el crecimiento explosivo de sus proyectos. De ahí lo interesante de la siguiente declaración: «¿Qué constituye la grandeza? No lo que el mundo tiene por tal; ni la riqueza, la jerarquía, el linaje noble, o las dotes intelectuales, consideradas en sí mismas. Si la grandeza intelectual, fuera de cualquier consideración superior, es digna de honor, entonces debemos rendir homenaje a Satanás, cuyo poder intelectual no ha sido nunca igualado por hombre alguno [...]. Lo que Dios aprecia es el valor moral».²

Cuando alguien desea obtener el éxito a cualquier costo sin ningún tipo de escrúpulos, entonces aparecen los principales gérmenes de lo que conocemos como corrupción. Uno de ellos es el amiguismo. No obstante, el amiguismo destruye el buen funcionamiento de cualquier empresa. Colocar las «buenas amistades» por encima de la **capacidad** y la **habilidad** a la hora de escoger a una persona es pavimentar el camino a la ruina en una institución. Tarde o temprano se pagará un precio muy alto. ¿Por qué? Porque todo está fundamentado en una simulación, en aparentar



Restaurar lo corrompido

ERA EL ORGULLO de su familia. Desde muy pequeño demostró una gran habilidad para leer y escribir. Su padre se sentía satisfecho de su aprendizaje, así que invirtió mucho dinero en maestros para su vástago, quienes lo convirtieron en un verdadero erudito al dominio de una diversidad de lenguas, derecho, arte, filosofía y, por supuesto, literatura hebrea. Su capacidad de razonamiento llegó a ser sobresaliente. Varios eruditos hablaban de este joven como alguien muy promisorio en el liderazgo espiritual de Judea. A muy corta edad, fue invitado a ser parte de uno de los gremios más prestigiosos de su tiempo: el Sanedrín.

Saulo de Tarso era un joven sincero en su fe. No obstante, no se daba cuenta de que estaba «sinceramente equivocado», puesto que sinceridad no es sinónimo de verdad. En el fondo, era un individuo orgulloso, violento e intransigente hacia los que no pensaban como él.

Pero el joven no era consciente de que semejantes rasgos de carácter gobernaban su vida. Al contrario,

se consideraba un tipo irreproachable en cuestiones de la obediencia a la normatividad de la religión judía. Tendría que pasar por dolorosos procesos de asimilación de su verdadero estado, incluyendo un encuentro con el propio Jesucristo en el camino a Damasco, una ceguera temporal y un periodo de instrucción en Arabia, así como un buen número de adversidades y persecuciones, para que un día reconociera sus verdaderos instintos ante el Padre celestial. Fue así como un día llegó a declarar que él era el primero entre los pecadores (1 Timoteo 1: 15). En ese momento, se dio cuenta de cuánto daño había causado con la forma en la que había ejercido su fe. Incluso, había destruido hogares y llevado a cientos de inocentes a prisión. Además, había confundido a otros tantos con sus rígidas enseñanzas de la fe hebrea. Probablemente, varios de los que ahora lo perseguían habían sido enseñados por él mismo en los fundamentos de la doctrina israelita.

El brillante erudito percibió lo lejos que estaba de la verdad de Dios. Ciertamente, no tenía un expediente lleno de inmoralidades sexuales o corruptelas financieras, no obstante, había algo mucho peor que eso: su naturaleza pecaminosa. Al ser consciente de la magnitud de su paupérrima condición espiritual, se consideró el primero entre los pecadores.

Es posible que, luego de leer los relatos presentados en este libro, te digas a ti mismo: «Bueno, yo no he cometido los vergonzosos actos que el autor de esta obra menciona, así que no estoy tan mal». Eso sucede porque no eres consciente de tu verdadera condición espiritual. ¿A cuántas personas has daña-

do con la forma en la que ejerces tu fe? ¿Cuántas veces buscamos servir a Dios, pero en realidad lo que buscamos solo son los aplausos y la aprobación humana? ¿A cuánta gente has confundido con tus enseñanzas equivocadas? ¿Puedes contar a los que han dejado la iglesia debido a tu mala influencia? Es muy probable que ni siquiera te hayas dado cuenta de eso. De ahí tu profunda necesidad de que tengas un encuentro directo con Jesucristo, tal como sucedió con el apóstol Pablo. Ese día te darás cuenta de que, tanto tú como yo, somos los primeros entre los pecadores, y de no ser por la gracia de Jesús, nos habríamos convertido en verdaderos lastres para esta sociedad. Pero cuando ocurre una condición de esta naturaleza, el Espíritu Santo tiene oportunidad de influir en nuestras vidas como nunca antes, para así otorgarnos la victoria sobre el mal. Este es el momento de restaurar lo corrompido.

El dolor nunca es para siempre

David inició otra faceta de su vida con esperanza. Él había entendido esta gran verdad: solo Dios tiene el poder de cambiar y componer lo descompuesto. Fue así como el rey se sometió pacientemente a la voluntad de Dios con relación a la muerte de su hijo, y Dios compensó la pérdida para ventaja suya con el nacimiento de otro: «Luego David fue a consolar a su esposa y se unió a ella. Betsabé le dio un hijo, al que David llamó Salomón. El Señor amó al niño y mandó a decir por medio del profeta Natán que le pusieran por nombre Jedidías, por disposición del Señor» (2 Samuel 12: 24-25).

El camino para que se nos restauren las pérdidas o que se nos compense el quebranto de alguna otra manera es rendirse de buen ánimo a Dios. «Por su gracia Dios reconoció y favoreció en particular a ese hijo y ordenó que fuera llamado Jedidías, "Amado del Señor"». ¹ Dios lo bendijo con un nuevo hijo, Salomón, y la esperanza renació. El nombre de aquel niño recordaría al rey la mejor definición de lo que el Padre celestial entiende por un creyente: un amado del Señor.

Aquí es donde la misericordia divina no tiene límite, pues a pesar de los graves errores de David, el perdón de Dios fue tan completo que no eliminó su nombre de la descendencia santa: «Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham» (Mateo 1: 1).

Sí, el rey David fue restaurado. Pero no se debió ni a su capacidad ni a sus grandes destrezas ni a sus hazañas del pasado. Más bien, fue el resultado de la gracia divina obrando en su corazón. Este lo proceso lo explica muy bien E. G. White:

Es imposible que escapemos por nosotros mismos del foso del pecado en que estamos sumidos. Nuestro corazón es malo y no lo podemos cambiar. «Mas ¿quién podrá sacar lo puro de lo impuro? ¡Ninguno!» (Job 14: 4). «Ya que las tendencias de la carne llevan al odio a Dios: no se someten a la ley de Dios, ni siquiera pueden» (Romanos 8: 7).

La educación, la cultura, el ejercicio de la voluntad, el esfuerzo humano, tienen su propia esfera, pero no tienen poder para salvarnos.

Pueden producir una corrección externa de la conducta, pero no pueden cambiar el corazón ni purificar las fuentes de la vida. Es necesario que haya un poder que obre desde el interior, una vida nueva de lo alto, antes que el hombre pueda convertirse del pecado a la santidad. Ese poder es Cristo. ²

Lo interesante es que la misericordia divina también alcanzó a la propia Betsabé, madre de Salomón. Es posible que a ciertas personas les incomodara que Betsabé y David aparecieran en la lista de la genealogía de Jesús, pero lo cierto es que están allí como testigos inmutables de la gracia soberana de Dios. Por eso Jesucristo es experto en componer lo descompuesto, en corregir lo incorregible, de enderezar lo torcido, en agraciarse lo antiestético, en convertir la maldición en bendición y en brindar un perdón absoluto. ¿No crees que vale la pena tener un amigo como él?

Jesús no tenía mucho de qué vanagloriarse en cuanto a su árbol genealógico. Incluso algunos de ellos parecían una especie de «parientes incómodos». Veamos algunos ejemplos de los ascendientes de Jesucristo:

- Jacob, el nieto de Abraham, era más tramposero que una máquina tragamonedas de Las Vegas. Engañó a su hermano, le mintió a su padre y luego burló a su tío (Génesis 27-29).
- Judá, el hijo de Jacob, estaba tan cegado por la libido, que alquiló los servicios de una ramera, ¡sin saber que era su nuera! Cuando se enteró de su identidad, amenazó con quemarla bajo el cargo de prostitución (Génesis 38).

- Betsabé y David, quienes cometieron adulterio. Luego el rey David, cayó en una serie de mentiras para ocultar su falta hasta culminar en el asesinato de Urías, el esposo de Betsabé (2 Samuel 11: 23).
- Rajab era una prostituta de Jericó (Josué 2: 1).
- Rut, una extranjera que pertenecía a un pueblo enemigo de Israel (Rut 1: 4).
- Manasés, uno de los peores monarcas de la historia hebrea, quien practicó la brujería e hizo pasar a sus hijos por fuego, aberrante rito cananeo (2 Reyes 21: 6).
- Su hijo Amón está en la lista también, aun cuando rechazó a Dios (2 Reyes 21: 22).
- Más de la mitad de los reyes mencionados en la genealogía eran verdaderos pillos, estafadores y promotores de la idolatría.

¿Qué te parece? Así se compone la lista de los poco laureados bisabuelos de Jesús. Al parecer el único lazo común entre este grupo era una promesa. Una promesa celestial que afirmaba que Dios los usaría para enviar a su Hijo. El Señor es especialista para hacer que los pecadores despiadados sean valiosos instrumentos para su gloria. Él obra a pesar de nuestros errores. Recuerda que es el Soberano, el que tiene el control de nuestra vida. Al referirse a la clase de familiares que conformaba la genealogía de Jesucristo, Max Lucado dice lo siguiente:

¿Por qué usó Dios a esta gente? No era necesario que lo hiciese. Podría haber colocado simplemente al Salvador ante alguna puerta. Ha-

bría sido más sencillo de esa manera. ¿Y por qué nos cuenta Dios sus historias? ¿Por qué nos da Dios un testamento completo de faltas y tropiezos de su pueblo? Simple. Sabía lo que tú y yo veríamos en las noticias anoche. Sabía que te agitarías. Sabía que yo me preocuparía. Y quiere que sepamos que cuando el mundo se enloquece, él permanece en calma. ¿Quieres pruebas? Lee el último nombre de la lista. A pesar de todos los halos torcidos y las cabriolas de mal gusto de su pueblo, el último nombre de la lista es el primero que fue prometido: Jesús.³

La gracia no se puede explicar, solo se acepta

Apreciado lector, no sé en qué condición te encuentres: si eres casado, soltero o alguien con un pasado oscuro, lo cierto es que: «No importa cuál haya sido la experiencia del pasado ni cuán desalentadoras sean las circunstancias del presente, si acudimos a Cristo en nuestra condición actual, débiles, sin fuerza, desesperados, nuestro compasivo Salvador compasivo saldrá a recibirnos mucho antes de que lleguemos, y nos rodeará con sus brazos amantes y con la capa de su propia justicia».⁴

Recuerda, está en nuestras manos elegir y evitar caminar al borde del abismo, porque si lo haces corres el peligro de caer y, entonces, tu vida cambiará completamente.

¿Estás dispuesto a aceptar y reconocer a Jesucristo como el Señor de tu vida? ¿Estás preparado para pedir apoyo profesional en caso de ser necesario? ¿Anheles recibir el perdón divino? ¿Deseas fervientemente

que Dios te dé la facultad de abandonar cualquier pecado acariciado?

No es fácil levantarse. Eso es algo para personas muy valientes. David lo entendió un día. Tú también puedes hacerlo.

Referencias

¹Juan Rojas Mayo (ed.), *Nuevo diccionario ilustrado de la Biblia de Nelson*, Editorial Caribe, 1998, edición electrónica (Biblioteca Electrónica Caribe).

²E. G. White, *El camino a Cristo*, Madrid, Editorial Safeliz, 2011, p. 19-20.

³Max Lucado, *Cuando Dios susurra tu nombre*, Miami, Editorial Caribe, 1995, p.138.

⁴White, *Promesas para los últimos días*, Bogotá, Asociación Publicadora Interamericana, 2002, p. 20



Descuidos peligrosos

Cuando la familia deja de funcionar adecuadamente, es vulnerable a que se desarrollen adicciones en su interior.

NO ES NOVEDAD que exista un consumo desenfrenado de drogas en muchos países del mundo. Mientras las autoridades buscan en vano detener este grave problema, más y más personas se dan cuenta de que la venta y consumo de drogas son solamente la punta del *iceberg*. En nuestra sociedad existe una epidemia de diferentes conductas adictivas.

Una gran cantidad de personas sufren diferentes tipos de adicciones. Actividades que tiranizan y controla sus vidas en lugar de enriquecerlas. Los ejemplos son interminables: el comprador compulsivo, el jugador incontrolado que apuesta grandes cantidades de dinero a costa de su propio patrimonio familiar; el adicto sexual que busca una relación fugaz, a pesar de la gran cantidad de corazones rotos que dejará en el camino en su intenso deseo de buscar unos minutos de placer, etcétera.

Lo que esos ejemplos tienen en común, es su carácter adictivo. Pese a las consecuencias negativas, el individuo se ve impulsado a reiterar su conducta, como si respondiera a un mandato interior y no a una elección. El apóstol Pablo describe esta intensa lucha que se desata en el corazón del hombre: «No entiendo el resultado de mis acciones, pues no hago lo que quiero, y en cambio aquello que odio es precisamente lo que hago» (Romanos 7: 15, DHH).

En ocasiones cuando pensamos en un adicto, lo primero que nos imaginamos es una persona marginada, producto de una educación caracterizada por la pobreza o un trastorno mental. Muchos piensan que el adicto no es una persona como nosotros, que se comporta de una manera «normal» ante la sociedad. Pero ya no se puede tener la misma opinión de quiénes son vulnerables a las adicciones. Tal epidemia de conductas incontroladas invade todas las clases sociales, no respeta jerarquías ni grados académicos. Se da en todos los pequeños pueblos y en las grandes ciudades del mundo. Entre todos los grupos étnicos y niveles educativos. No tenemos que buscar más allá de nuestra propia familia para encontrar casos de adicción, junto con el dolor que provocan en la vida de las personas que amamos.

Familias disfuncionales

Cuando las familias no están bien vinculadas y permea una completa desintegración entre sus miembros, existen todos los componentes para que los miembros de dicha familia sean vulnerables a cualquier ataque. Como lo pudimos notar en los capítulos

anteriores, la familia del rey David fue totalmente disfuncional, el profeta Natán recordó a David esta terrible desgracia: «Pues bien, así dice el SEÑOR: "Yo haré que el desastre que mereces surja de tu propia familia"» (2 Samuel 12:11). La desintegración familiar, la ausencia de padres en el hogar, la carencia de principios y valores en la formación educativa de nuestros hijos, promueven una sociedad vulnerable a las adicciones.

El famoso escritor y ganador del premio Nobel de literatura, Mario Vargas Llosa, describe de manera clara y convincente la problemática de nuestros tiempos: «En nuestros días el consumo masivo de marihuana, cocaína, éxtasis, *crack*, heroína, etcétera, responde a un entorno cultural que empuja a hombres y mujeres a la busca de placeres fáciles y rápidos, que los inmunicen contra la preocupación y la responsabilidad, al encuentro consigo mismo a través de la reflexión y la introspección».¹

Consecuencias de vivir en una sociedad adictiva

Ninguno es inmune a la actual epidemia de adicciones que predomina en nuestra sociedad. Aunque no nos afecten directamente las apetencias perniciosas de alguna droga, determinados alimentos o actividades, probablemente sí a alguien que conocemos. De todos modos, aun si no conocemos a un adicto grave, somos víctimas de la epidemia por el solo hecho de vivir en una sociedad con tantas personas fuera de control. Algunos adictos enseñan a nuestros hijos, arreglan nuestros automóviles y realizan otras tareas de cuya correcta ejecución dependemos. Vivir en una

sociedad de adictos también significa vivir entre personas que cada vez más son incapaces de entablar relaciones profundas e íntimas.

Al igual que el adicto individual, como sociedad adicta perdemos el control a un ritmo vertiginoso. Si un alcohólico a menudo no puede resolver sus problemas de deudas, trabajo y relaciones sin antes estar sobrio, tampoco podremos superar satisfactoriamente nuestros problemas sociales internos hasta que no se adviertan las tendencias que en nuestra cultura fomentan las adicciones.

El problema no radica en las drogas, las tarjetas de crédito, la comida, la computadora o el sexo, sino en nuestro apetito insaciable de elementos que sirvan para alterar el estado de ánimo. Vivimos expuestos a estímulos que nosotros mismos emitimos con el propósito de enfrentar las dificultades y frustraciones que la vida plantea. Por eso la así llamada «guerra contra las drogas» no tiene éxito, pues no aborda la mentalidad del arreglo rápido (buscar soluciones fáciles) que nos hace más vulnerables a las adicciones. Podemos mejorar tanto individual como colectivamente, pero hasta después que hayamos admitido que estamos enfermos y pidamos ayuda.

Jesucristo lo dijo de una manera franca y directa: «Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed» (Juan 4: 13). El agua que ofrece este mundo consiste en un conjunto de alteraciones al estado de ánimo, y soluciones rápidas que prometen alivio y sanidad al sufrimiento que enfrentamos en nuestra existencia. Por momentos su poder anestésico parece tener efecto. De esta manera, cuando fumamos, ingerimos

bebidas alcohólicas o consumimos alguna sustancia estimulante, el dolor parece desvanecerse como la neblina de un amanecer, pero una vez que el sosiego desaparece, enfrentamos la terrible realidad que vivimos y un fuego infernal empieza a consumir nuestras vidas. El agua que ofrece este mundo no sacia, hay más y más sed. ¿Hasta cuándo se acabará? Cristo dio la respuesta: «El que beba del agua que yo le daré, no volverá a tener sed jamás, sino que dentro de él esa agua se convertirá en un manantial del que brotará vida eterna» (Juan 4: 14).

Cuando encaramos nuestra realidad y buscamos el auxilio divino, una luz de esperanza emerge en el horizonte. Es la luz de la rehabilitación, es el momento de reconstruir, reparar y renovar nuestras vidas.

Cuidemos a nuestros hijos

Uno de los graves errores del rey David, fue que no atendió personalmente la educación de sus hijos, sus ocupaciones lo absorbieron demasiado y nunca pudo alejar las malas influencias que rodeaban a sus hijos (2 Samuel 5: 13; 13: 30; 1 Reyes 1: 5-6). Como padres de familia debemos estar alertas ante cualquier peligro potencial que nuestras familias puedan enfrentar. Existen seis poderosas influencias que pueden separar de Dios los corazones de nuestros hijos:

1. Las amistades

«El que con sabios anda, sabio se vuelve; el que con necios se junta, saldrá mal parado» (Proverbios 13: 20). Debemos pedir a Dios que nuestros hijos estén rodeados de buenas amistades y sean capaces de decir

«No» a las fiestas nocturnas (en lugares de dudosa reputación, cuando haya consumo de alcohol y drogas, o posibilidades de encuentros sexuales); también a quedarse a dormir fuera de casa o ir a otros «eventos» que los expongan a situaciones inadecuadas. Nuestra tarea como padres es organizar y dirigir actividades entretenidas en ambientes positivos para los hijos.

2. La educación

Es posible que nuestros hijos adopten la mentalidad de sus maestros. Si queremos criar hijos con valores y principios elevados, debemos cuidar muchísimo quién les enseña en la escuela, y qué cosas.

Hablemos con los maestros periódicamente. Ayudemos a nuestros hijos a hacer sus tareas. Asistamos a las reuniones de padres en la escuela para evaluar el desempeño de nuestros hijos. Participemos activamente con la escuela en la educación de nuestros hijos, no asumamos una actitud indiferente.

Siempre vamos a estar ocupados pero recordemos que los hijos algún día se irán de la casa. ¿Valdrá la pena descuidar ese tiempo tan valioso? La enseñanza en el hogar y las escuelas cristianas bien valen el sacrificio. (Consulta el recuadro de la siguiente página).

3. La música

Desarrollemos en nuestros hijos el gusto por la buena música y a despreciar la música cuyos temas son triviales, frívolos o difunden mensajes negativos como el suicidio, las drogas o el sexo. Enseñemos a nuestros hijos a discernir si los mensajes de una can-

Recuerda

- Si como padres no dirigimos espiritualmente a nuestros hijos, otros se encargarán y las consecuencias serán irreversibles.
- Aun con todas las medidas que como padres tomemos para educar a nuestros hijos, no hay garantía de éxito, pero los riesgos se reducen.
- Los padres que no establecen límites a sus hijos promueven la anarquía y el caos en el hogar.

ción son positivos, confiables y edificantes. Coloquemos en sus manos música que eleve lo mejor del ser humano.

4. La televisión

La televisión, y en buena medida las películas, ejercen una gran influencia en la cultura contemporánea. Imponen modas, plantean filosofías de vida, establecen criterios para definir el bien o el mal, y en ocasiones distorsionan la verdad sobre la familia, el sexo y todo tipo de drogas.

No permitamos que nuestros hijos vean lo que quieran sin supervisión. Seleccionemos películas edificantes para ver, que tengan un mensaje positivo sobre la vida. Dedicemos tiempo para ver con nuestros hijos programas enriquecedores, y después hablemos de lo que consideraron correcto e incorrecto en el contenido.

5. Medios inalámbricos de comunicación

En los salones de chat y las redes sociales como Facebook, abundan la pornografía y los pervertidos sexuales que asumen una identidad falsa para involucrarse con nuestros hijos. Su estrategia es desarrollar una

gran «amistad», intimar con ellos, descubrir sus secretos y «ayudarlos» cuando tienen problemas. Es necesario que los padres seamos centinelas de lo que nuestros hijos ven en la web.

YouTube transmite cientos de miles de horas de video. Existen varios millones de usuarios en Facebook. Cada día se envían millones de *tweets* en el mundo. La exposición constante a Internet, los buscadores de información como Google o Yahoo y los teléfonos inteligentes, fortalecen nuevas secuencias neuronales en nuestro cerebro, como las que nos permiten realizar varias tareas a la vez, y debilitan las más antiguas, como las que hacen posible la empatía con otras personas. «Cinco horas de Internet son suficientes para alterar y reconfigurar nuestro cerebro. Vivimos un cambio mental sin precedentes».²

Que nuestros hijos no se desvelen por estar mucho tiempo en la computadora o usando sus celulares. Limitemos el tiempo que navegan por Internet. Mantengamos el acceso a la web fuera de la habitación de los hijos, en una sala de uso común. Ocupémoslos en actividades físicas, recreativas y sociales para que no estén tanto tiempo en la computadora o «conversando» en el celular.

6. Los videojuegos

Aunque ahora la oferta es muy amplia, los videojuegos más exitosos suelen ser muy violentos además de adictivos. Están diseñados para atraer a nuestros hijos a mundos de fantasía y tenerlos allí durante horas, cuando podrían dedicarse a muchas cosas productivas. Vigilemos los juegos que disfrutan nues-

tros hijos. Apliquemos «ayunos de videojuegos» en ciertos periodos de tiempo, si consideramos que la afición de nuestros hijos empieza a convertirse en adicción.

Estemos pendientes

Cada una de las influencias mencionadas puede ser un campo de batalla. No nos sorprendamos si nuestros hijos se enojan y no entienden por qué no les permitimos juntarse con ciertas personas, o jugar con determinadas cosas. Nuestro amor es la única razón. Sin embargo, debemos recordar que un «No» genera un vacío que se debe llenar con algo mejor. Orientemos a nuestros hijos hacia buenas amistades, libros, películas y aficiones excelentes. «No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence el mal con el bien» (Romanos 12: 21).

Referencias

- ¹Mario Varga Llosa, *La civilización del espectáculo*, México, Alfaguara, 2012, p. 41.
²Miryam Audiffred, «Cerebro del futuro», en la revista *Quo*, número 174, abril de 2012, p. 60-64.



El sentido bíblico del cuerpo humano

Alejandro Medina Villarreal

MI CORAZÓN empezó a latir con más fuerza. Mis manos sudaban un poco. De pronto comencé a mirar a los costados, mientras la gente me veía entre sonrisas. Estaba sentado en un sofisticado juego mecánico, de esos que no duran más de tres o cuatro minutos, pero cuya agresividad cinética hace parecer una eternidad el trayecto. Antes de que el aparato arrancara, yo estaba arrepentido de estar en ese lugar: «¿Pero quién me manda estar aquí», me decía a mí mismo. El artefacto arrancó a una velocidad infernal. Apenas sentí cómo mi cuerpo se plegó al respaldo del asiento, mientras mis piernas se movían al gairete. Entonces, los temerarios giros y la gran velocidad del mecanismo me convencieron de que había una forma de aminorar la tortura: cerrar los ojos y contener la respiración. Y funcionó. Solo recuerdo cómo mis manos se asían fuertemente de los tubos y mi cuello se mantenía rígido. Cuando por fin terminó el trayecto yo estaba hecho un despojo humano. No me quedaban fuerzas ni para retirarme

del sitio. Perplejo y casi en posición fetal, escuché cuando unos chicos comentaban: «¡Este juego está muy bueno! ¡Vamos a subirnos de nuevo!».

La época de las sensaciones extremas

El 14 de octubre de 2012, Felix Baumgartner asombró al mundo al lanzarse en caída libre 39,068 metros de altura, después de haber ascendido en un globo hasta la estratosfera. Así fue como se convirtió en el primer ser humano en romper la barrera del sonido sin apoyo mecánico y en caída libre, alcanzando una velocidad de 1,173 kilómetros por hora. Millones de personas observaron el temerario salto de Baumgartner mientras se precipitaba como un meteoro a la tierra.

Las actividades extremas del joven Felix empezaron a sus dieciséis años. Luego, continuaron cuando era parte de las fuerzas especiales del ejército austriaco. Su afición por los saltos temerarios lo llevaron a cruzar el Canal de la Mancha en caída libre con el apoyo de un ala de fibra, a saltar desde el Cristo Redentor en Río de Janeiro, así como desde el Viaducto de Millau, en Francia, y el edificio Turning Torso en Malmo, Suecia. Las experiencias extremas se convirtieron en parte de su vida.

¿Para qué existe el cuerpo humano?

Durante muchos siglos se ha considerado al cuerpo humano como un elemento pecaminoso. Claro, el sexo es visto como una actividad ajena a la espiritualidad. Todo esto se originó en las ideas platónicas de una supuesta naturaleza dualista del ser humano que impregnaron a varios pensadores cristianos durante

los primeros siglos de la iglesia. Fue así como todo lo vinculado al cuerpo, incluyendo la presencia de cuerpos humanos en el reino de los cielos, se consideró de carácter corrupto. Por lo tanto, la gente que se dedicaba a Dios no debía casarse, lo que dio origen al celibato sacerdotal, y luego al monasticismo y el establecimiento de conventos. Asimismo, si el cuerpo es un elemento de maldad, es necesario que «sufra para purificar el alma», que es lo único que según estas ideas ha de llevarse al cielo. Lo anterior dio lugar a las prácticas de herir al cuerpo para fortalecer la fe. Por supuesto, todo eso es ajeno a las genuinas enseñanzas de la Biblia.

¿Te has preguntado alguna vez para qué sirve tu cuerpo? ¿Acaso nuestros cuerpos están ahí para experimentar sensaciones extremas? ¿O tal vez para llenarlos de todo tipo de sustancias psicoactivas o dedicarlos a la satisfacción de los apetitos sexuales? En el mundo contemporáneo el cuerpo parece un vehículo de complacencia personal, un objeto de explotación y un fin en sí mismo que le da sentido a la existencia humana. Es así como industrias de la diversión y el entretenimiento, la cosmética, el deporte, la alimentación, así como la del sexo, entre otras, utilizan al cuerpo como el blanco principal de su publicidad y atracción de clientes. Claro, representan las industrias, ya sea legales o ilegales (como el narcotráfico y la pornografía, entre otras), más rentables del mundo. Se trata de pasarlo bien a cualquier costo, sin medir las consecuencias de las acciones llevando al extremo a cada uno de los cinco sentidos.

En 1 Corintios 6 la Biblia ofrece orientadores principios en cuanto a los propósitos por los que Dios dio el cuerpo al ser humano. Veamos lo que dice.

1. **Tengo libertad, pero no todo me conviene.** «Todo me está permitido, pero no todo es para mi bien. Todo me está permitido, pero no dejaré que nada me domine» (1 Corintios 6: 12). Eso significa que Dios da libertad con responsabilidad. No todo lo que aparenta ser bueno, agradable o apetecible es para nuestro bien. Mucha gente piensa que la vida es para divertirse y darle gusto a los sentidos. El problema es que todo eso tiene un costo. Además, Satanás se disfraza como ángel de luz para presentarnos el pecado con **sabores, imágenes y olores** muy atractivos (2 Corintios 11: 14). De ahí que el mensaje «¡No te dejes dominar!» (1 Corintios 6: 12). Es decir, todas las cosas están en mi poder, pero no voy a ponerme bajo el control de una mala influencia. Por ejemplo, el que fornicar se desvía de su propio poder legítimo de libertad, y se coloca «bajo el poder» de una prostituta (1 Corintios 6: 15; compara con 7: 4). No obstante, el «poder» debe estar en las manos del creyente, no en las cosas que usa; así pierde el derecho a su libertad; deja de ser su propio maestro (Juan 8: 34-36; Gálatas 5: 13; 1 Pedro 2: 16; 2 Pedro 2: 19).

Hay personas que dicen: «Yo no le hago mal a nadie». No es así. La Biblia dice que «no todo te conviene». Las malas decisiones con relación al cuerpo terminan por envilecer a los seres hu-

manos y alejarlos del plan original que el cielo tiene para cada uno de ellos.

2. **El cuerpo no es para la inmoralidad sexual** (1 Corintios 6: 13). No debemos usar el cuerpo para satisfacer instintos bajos. No se puede usar el cuerpo de una manera egoísta y perversa. El hedonismo motiva a pasarlo bien a cualquier precio, sin barreras para los deseos y las perversiones humanas. Se trata del reinado de los excesos, la extravagancia y los desafíos a la moral. La industria del sexo obtiene cantidades millonarias destruyendo la vida de mucha gente. Hoy existen múltiples ofertas de placer sexual a través de Internet que seducen a millones de cibernautas en todo el planeta. Hoy es más fácil que nunca acceder a este tipo de influencias. No obstante, no se encuentra la satisfacción personal por ese camino.
3. **El cuerpo es para servir a Dios** (1 Corintios 6: 13). También se puede traducir «para beneficio de Dios». El cuerpo humano debe tener una función que sirva a los intereses divinos. Cada parte del cuerpo humano, incluyendo los órganos genitales, deben ser usados para honrar al Padre celestial. El cuerpo humano nos fue dado para cumplir con la misión que Dios tiene en este mundo. Por lo tanto, hemos de usarlo en esta función. En este mundo hay muchas oportunidades de servir al Padre celestial como canales del amor de Dios a través de nuestros cuerpos.

Una de las grandes lecciones que mi padre me enseñó fue nunca descuidar la casa de Dios. Cada domingo era costumbre ir a reparar el templo. A lo largo de su vida invirtió mucho tiempo, dinero y esfuerzo edificando y reparando varios templos. Dios lo bendijo abundantemente.

4. El cuerpo es un instrumento divino (1 Corintios 6: 15). Ha de ser una herramienta eficaz en el servicio directo al prójimo. El cuerpo humano representa la extensión del cuerpo de Cristo. El Señor desea usarnos para dar a la gente el toque de sanidad y paz que necesita. Somos los brazos y las manos de Jesús. ¡Cuántas oportunidades hay de hacer el bien a los demás y llevarles alimento, medicinas o un poco de alegría a los niños con algunos juguetes! Algunos de los momentos más agradables de mi vida han sido al participar en actividades por el bien del prójimo. La satisfacción que se experimenta es única.

5. El cuerpo debe estar unido a algo (1 Corintios 6: 16-17). La Biblia dice que los únicos vínculos genuinos del cuerpo humano son Dios y el cónyuge. No hemos de vincularnos íntimamente con nadie más. No hay que olvidar que las relaciones marcan la vida. La relación sexual es el vínculo más fuerte entre dos seres humanos, por eso únicamente debiera practicarse en el marco del **matrimonio**. Una vez casado, el cuerpo también pertenece al cónyuge (1 Corintios 7: 4). No

obstante, es muy importante recordar la orden bíblica: hay que estar unidos físicamente, es decir, las relaciones sexuales son necesarias para la pareja. Cuando esto no se cumple se pone en riesgo el matrimonio. Una actitud egoísta de parte de uno de los cónyuges en este caso pone al otro en un alto riesgo de meterse en problemas. De ahí que Satanás pretende vincularnos con elementos, personas y hábitos ajenos a Jesús, para así asegurar su hegemonía sobre nuestras vidas. Cada ser humano lo decide al establecer sus vínculos.

Durante mis inicios en el ministerio pastoral, recuerdo que un viejo ministro me dijo lo siguiente: «Hijo, extremo cuidado con el sexo opuesto». Esa es una gran verdad que nunca hay que olvidar.

6. El cuerpo es un recinto sagrado (1 Corintios 6: 19). Es la morada del Espíritu Santo. Un templo es un lugar de adoración. Es necesario abstenernos de contaminar un espacio sagrado con una alimentación deficiente, abusos, excesos y malos hábitos, así como sustancias psicoactivas que lo destruyen, entre otras. Más bien, el cuerpo humano ha de ser usado esencialmente para la adoración de Dios. Cualquier actividad realizada por el cuerpo humano debe incluir la adoración al Padre celestial. Eso no significa estar postrados de rodillas todo el día. No hay que olvidar que la adoración al Señor es un vínculo diario que conlleva honrarlo a través de las diferentes actividades

cotidianas de la vida, como trabajar, cocinar, estudiar, entre otras.

7. **Cristo pagó por nuestros cuerpos** (1 Corintios 6: 20). Murió en la cruz para redimirnos. ¡Eso incluye al cuerpo humano! Por lo tanto, pertenecemos a Jesús. El Señor dio su vida por nuestros cuerpos, de ahí que a la hora de organizar o decidir sobre el uso de nuestros cuerpos, debiéramos consultar a su verdadero Dueño. Cada parte del ser humano (incluyendo los genitales) le pertenece y ha sido redimida por él para honra y gloria de su nombre. De modo que cualquier uso que excluya al Señor en cuanto al uso del cuerpo humano está fuera de lugar.

8. **¡Da gloria a Dios con tu cuerpo!** (1 Corintios 6: 20). Los seres humanos tenemos el privilegio de adorar a Dios a través de una buena salud. Personalmente, creo que uno de los grandes errores en cuestiones de la predicación del evangelio en este tiempo es ignorar el mensaje pro salud. Hoy mucha gente está volviendo sus ojos hacia la salud. La forma apabullante en que las enfermedades crónicas degenerativas están acabando con millones de personas ha tornado a la sociedad más consciente de su bienestar. De modo que este es el momento para organizar programas de testificación sobre la base de los principios bíblicos de salud. Para eso, hay un acróstico muy ilustrativo para adquirir un estilo de vida saludable:

Agua
Descanso
Ejercicio
Luz del sol
Aire puro
Nutrición
Temperancia
Esperanza en Dios

Un reflejo del carácter

La Biblia dice que hay que aprender a ser responsables en todo tipo de circunstancias de la existencia, incluyendo las menos atractivas, ya que eso revela el carácter, a saber, la tendencia de la vida. El que es el fiel en lo poco en lo mucho también será fiel (Lucas 16: 10). Eso significa que la buena administración de un **cuerpo terrenal** revela a Dios un buen carácter para recibir un **cuerpo celestial** (1 Corintios 15: 52-54). En realidad, la vida actual representa una especie de examen para saber qué intereses nos mueven. A través del uso de elementos como nuestros cuerpos, tiempo, talentos y dinero revelamos al Padre celestial la naturaleza de nuestro carácter. Por lo tanto, usemos el paso fugaz por este mundo para mostrarle al Señor nuestro profundo amor hacia él y nuestro firme deseo de servir a nuestros semejantes.